



MINISTERIO
DE EDUCACIÓN,
CULTURA Y DEPORTE

DIRECCIÓN GENERAL
DE BELLAS ARTES
Y BIENES CULTURALES

SUBDIRECCIÓN GENERAL
DE PROMOCIÓN
DE LAS BELLAS ARTES

MÉRIDA

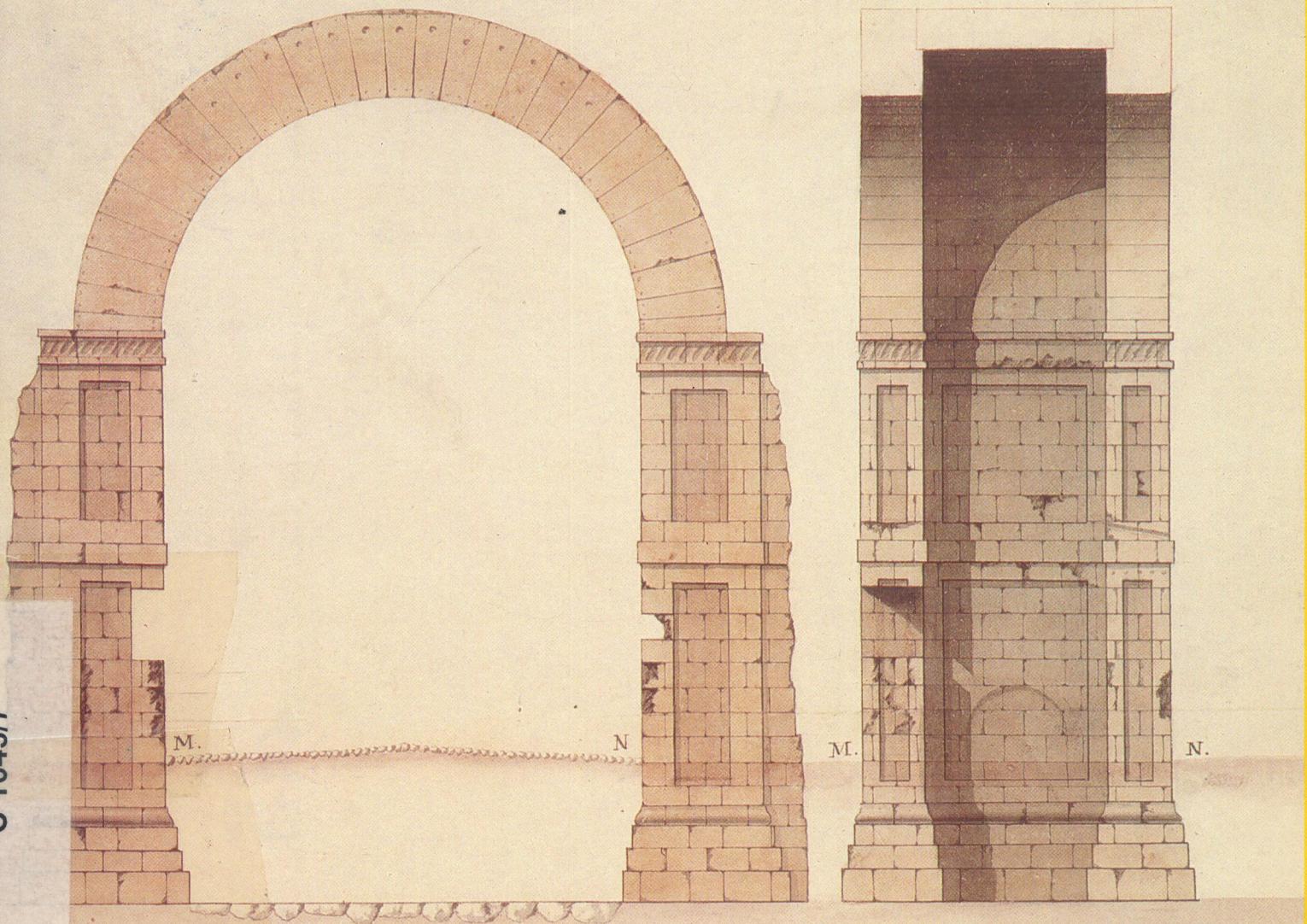
Y LA ARQUEOLOGÍA ILUSTRADA

LAS LÁMINAS DE DON MANUEL DE VILLENA (1791-1794)

PLANO, ELEVACION, Y PERFIL DE UN ARCO TRIUMPHAL ANTIGUO ROMANO,
llamado Vulgualm.^{te} de Sⁿ Tiago por hallarse Contiguo á una Hermita de D^{no} Apóstol en la Ciudad de Mérida.

ELEVACION.

PERFIL *que corta por la línea AB*



C 1643/7

[ILUSTRACIÓN DE PORTADA]

Manuel de Villena. *Arco de Trajano o de Santiago*,
primera versión. Fechado y firmado en Mérida el
15-12-1791. Museo Naval, Madrid.

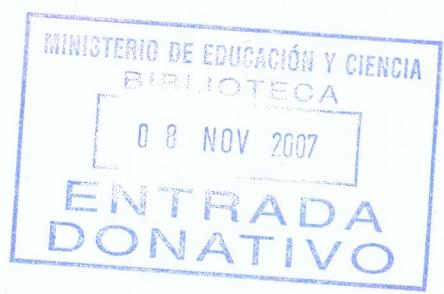
2 1643/7



MÉRIDA Y LA ARQUEOLOGÍA ILUSTRADA

LAS LÁMINAS DE DON MANUEL DE VILLENA
(1791-1794)

por
Alicia M^a Canto y De Gregorio



Del 28 de junio al 30 de septiembre de 2001



MA-27882
R. 164879



MINISTERIO DE EDUCACIÓN, CULTURA Y DEPORTE
SECRETARÍA DE ESTADO DE CULTURA

Edita:
© SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA
Subdirección General de Información y Publicaciones

N.I.P.O.: 176-01-012-7
Depósito legal: M. 29.400-2001

Imprime: FER/EDIGRAFOS



MINISTERIO
DE EDUCACIÓN,
CULTURA Y DEPORTE

Ministra de Educación, Cultura y Deporte

Pilar del Castillo

Secretario de Estado de Cultura

Luis Alberto de Cuenca y Prado

Director General de Bellas Artes y Bienes Culturales

Joaquín Puig de la Bellacasa Alberola

En 1861, diez años después de la muerte de Manuel Godoy, Duque de la Alcudia y Príncipe de la Paz, en su exilio de París (muerte de la que el próximo 4 de octubre se cumplirán los 150 años), un castizo escritor y ecuánime cronista como Ramón de Mesonero Romanos, que había conocido y entrevistado a Godoy en París, resumía así el reinado de Carlos IV de Borbón: «La corte de Carlos IV y M^a Luisa, con su arrogante favorito, su ligereza, su voluptuosidad, sus errores y hasta su inmoralidad, si se quiere, tenía también su lado brillante para la capital; y era la ostentación y magnificencia, la tolerancia y libertad práctica de las opiniones, la ausencia de toda persecución política o religiosa, la protección y el impulso dispensado á las Letras y las Artes por ese mismo Godoy á quien políticamente pudieran hacerse severos cargos, á quien la mayoría de la opinión aborrecía de muerte, á quien la revolución y la venganza llevaron á expiar sus faltas con una muerte oscura en país extranjero al cabo de un destierro de cuarenta años, y á quien la historia contemporánea ha estado escarneciendo durante medio siglo...». En efecto, el juicio común de la Historia, en parte heredero de las propagandas negativas, combinadas, del poderoso Napoleón y del rencoroso Fernando VII, ha venido siendo y es aún extremadamente desfavorable tanto a este monarca como a su valido.

Sin embargo, no se puede negar que, en el campo concreto de la cultura, muchas de las medidas de este reinado, como han destacado Carlos Seco Serrano y algunos otros —muy pocos— autores, estaban claramente orientadas a reconducir a España, en muchos sectores presa aún de los modos absolutistas y de la Inquisición, hacia los principios de la Ilustración europea en marcha. Baste recordar la fundación por Carlos IV del Instituto Pestalozziano o el hecho de que se mandara traducir y publicar algunos tratados de este significativo pedagogo suizo, que propugnó principios educativos nuevos en las escuelas primarias, muchos de los cuales continúan hoy en vigor.

El hallazgo, en 1996, de un expediente desconocido en la Real Academia de la Historia de Madrid fue el punto de arranque de una larga y meritoria investigación. En él, a través del Duque de la Alcudia, Primer Secretario de Estado, el rey encargaba a la Academia la evaluación de una serie de láminas, magníficas, sobre distintas antigüedades de la venerable Mérida, realizadas entre 1791 y 1794 por un desconocido pero expertísimo dibujante hispano-portugués, don Manuel de Villena Moziño, antiguo marino y profesor de Dibujo en Cádiz y Cartagena, reconvertido luego en presbítero y arqueólogo. El Museo Naval de Madrid, en efecto, conservaba todavía aquellas láminas.

Como resultado de aquel estudio se ha descubierto, hilado entre sí o puesto de relieve una serie —mucho más notable de lo que podía hasta ahora imaginarse— de actividades a favor de la Arqueología española, hechas o auspiciadas durante el reinado de Carlos IV. Entre ellas, la primera medida legislativa eficaz, de alcance en todo el territorio nacional, con el fin de regular el hallazgo, protección, noticia y conservación de las antigüedades españolas, mediante una poco conocida y valorada Real Cédula de 1803, por la que también se protegen, de forma muy avanzada y por primera vez, los monumentos hebreos y los árabes, que habitualmente venían siendo destruidos o al menos despreciados en nuestro país. O el, asimismo, sorprendente y grato descubrimiento de que una de las obras documentales de más solera y utilidad para la Arqueología española del XVIII-XIX, el famoso *Voyage Pittoresque de l'Espagne* de Alexandre de Laborde, resulta ser en realidad una empresa de origen español, patrocinada directamente no por Napoleón sino por nuestra Corona y, más directamente, por el propio Godoy. La portada original de la primera edición de 1806, hecha en la Imprenta Real de Madrid, y que en esta exposición puede también admirarse, es en efecto un verdadero canto a la monarquía española, como la autora nos descubre y analiza.

El Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, atento a promover decididamente el conocimiento de nuestro pasado —tanto por sus valores intrínsecos como por cuanto aporta señas de identidad para nuestro presente—, pero tampoco remiso a favorecer un mejor y más justo análisis de la Historia y de sus personajes, ha mostrado desde el principio un especial interés en participar en esta exposición, en la que se reúnen, en torno a las láminas mismas de Villena, diversas muestras de los afanes anticuarios de este reinado. Nos complace también poner en las manos del visitante la presente Memoria, que no sólo servirá para hacerle más amena y comprensible su visita, sino que también le será útil después, como instrumento para el recuerdo y la reflexión —en este caso desde el campo de la Arqueología— sobre cómo fue el «Siglo de las Luces», cómo la Ilustración comenzó a entrar más decididamente en nuestro país, todavía en medio de una época convulsa y problemática, y sobre los hombres que la trajeron.

Pilar del Castillo

MINISTRA DE EDUCACIÓN, CULTURA Y DEPORTE

ORGANIZACIÓN

Dirección General de Bellas Artes y Bienes Culturales
Subdirección General de Promoción de las Bellas Artes
Fundación El Monte
Fundación de Estudios Romanos

COMISARIADO

Alicia M^a Canto y De Gregorio

COORDINACIÓN GENERAL

Ana Carmen Lavín Berdonces
Subdirección General de Promoción de las Bellas Artes
José María Álvarez Martínez
Director del MNAR

PRESTADORES

Biblioteca Nacional
Excmo. Ayuntamiento de Almendralejo
Museo Nacional de Arte Romano
Museo Naval
Real Academia de Bellas Artes de San Fernando
Real Academia de la Historia

FOTOGRAFÍA

Banco de España
Biblioteca Nacional
Museo de Bellas Artes de Zaragoza
Museo Nacional de Arte Romano de Mérida
Museo Naval
Real Academia de Bellas Artes de San Fernando
Real Academia de la Historia
Servicios de Comunicación Visual

DISEÑO DE CATÁLOGO

María José Subiela Bernat

AGRADECIMIENTOS

Carmen Gasset Loring
José María Álvarez Martínez
Trinidad Nogales Basarrate
José Luis de la Barrera Antón
Ana Rodríguez Azcárraga
Josefina Molina García
Cristina Fontaneda Berthet

INTRODUCCIÓN:

UN HALLAZGO Y MUCHAS BÚSQUEDAS

Muchas veces un hallazgo inicial nos conduce a otra serie de hechos y de datos que estaban igualmente escondidos o no habían sido todavía bien valorados. Esto me ocurrió con el legajo de «Antigüedades de la provincia de Badajoz», el 9/7983, de la Real Academia de la Historia de Madrid, que a comienzos de 1996 acababa de ser reordenado y puesto al alcance del público, como cientos de otros iguales que él, procedentes de sus ricas colecciones, que ahora están comenzando a ser verdaderamente accesibles y contienen informes, dibujos, cartas y estudios manuscritos relativos a las antigüedades provinciales de toda España, los menos conocidos y más interesantes sobre todo los de los siglos XVIII y XIX.

Dada mi inveterada inclinación por la arqueología extremeña, cuando pedí y examiné aquel legajo concreto, dentro de los que se referían a Mérida vi que el expediente nº 68 contenía una serie de documentos que comenzaban en septiembre de 1794, una época de la cual en la historiografía de la bella capital romana se sabía muy poco. En él, a través de don Manuel de Godoy, Duque de la Alcudia y por entonces Primer Secretario de Estado, el rey Carlos IV ordenaba a la «Sala de Antigüedades» de la misma (que acababa de crear hacía poco por una Real Cédula de 1792), que estudiara y evaluara el mérito de nueve láminas sobre monumentos de la ciudad, lavadas en tintas de colores, que un «presbítero», don Manuel de Villena, había ejecutado en el transcurso de una misión arqueológica entre 1791 y 1794, «dotado por la generosidad del monarca».

El nombre de Villena sí me sonaba. Conocía tres dibujos suyos, que procedían de un artículo ya muy lejano y difícil de conseguir, de 1935, debido al futuro contralmirante Guillén Tato. Éste, al hacerse cargo de la dirección del Museo Naval en 1932, se había encontrado allí 19 láminas de este desconocido Villena. Las había ofrecido a primeros de diciembre de 1933 al gran arqueólogo, tan vinculado a las ruinas de Mérida, José Ramón Mélida Alinari, para que las estudiara y publicara. Como Mélida no llegó a hacerlo, ya que falleció justamente a los pocos días de su visita al Museo, Guillén decidió presentar catorce de ellas en uno de los volúmenes de homenaje que se le prepararon en Madrid. Trató de saber algo sobre aquel desconocido dibujante, del que una antigua noticia local decía que era portugués y había excavado en Mérida para el gobierno de su país. Ya que las láminas tenían algo de escuela náutica, acertó a encontrar una conexión posible con un marino español del mismo nombre, alférez de fragata en parecidas fechas. El formato de su publicación era pequeño, los medios de impresión por entonces limitados, y las láminas se reprodujeron en blanco y negro y, por densas, poco aprovechables.

Me encaminé entonces al Museo Naval para ver si ellos tenían el artículo de Guillén y conservaban todavía los dibujos, como así era, recibiendo de esta institución el máximo apoyo y simpatía. Al examen atento me parecieron admirables, por su extraordinaria calidad, su tamaño y los muy elegantes diseño y colorido, que las fotos del artículo, como ya dije, no permitían imaginar. Me intrigó entonces saber por qué el dictamen de la Real Academia sobre ellas, que estaba al final del expediente encontrado, no hacía justicia a los maravillosos planteamientos técnicos y la evidente destreza de Villena, sobre todo comparado con lo que por entonces se hacía en España.

Así comenzó esta larga investigación, que me llevó incluso a Lisboa y Setúbal, en Portugal, cuando descubrí que Villena era realmente, o, mejor dicho, que había sido también portugués, y a distintos archivos españoles y lusos, así como, ya que antes de presbítero Villena había sido en efecto marino, a saber algo de la Marina española, muy brillante a fines del siglo XVIII, del funcionamiento de las «pres-tameras» eclesiásticas, o de la situación política en nuestro país en esa tan fulgurante como atribulada época de nuestra Historia. La mención perdida, en el mismo expediente de la Academia, de un tal Fernando Rodríguez, me condujo a su vez al hallazgo de la obra del que en realidad fue el aventajado discípulo de Villena. Ya que poco después, pero en la Real Academia de San Fernando, di con nada menos que otras sesenta láminas, durmiendo el mismo sueño que las de su maestro. Todas ellas serán de gran utilidad ahora para poder estudiar distintos monumentos romanos emeritenses, algunos muy transformados o hasta ya desaparecidos.

También pude conocer mucho mejor a dos hombres, Carlos IV y Godoy, los descubridores del genio de Goya, de los que por mis estudios y lecturas generales se me había transmitido una opinión tan negativa como la que mantienen aún la mayoría de nuestros compatriotas. Opinión que, en el campo de la Cultura y, más concretamente, en el de la Arqueología, es con seguridad por completo injusta: Los dos hicieron por el estudio, el rescate y la protección de nuestras antigüedades, mucho más de lo que hasta ahora se piensa o se les ha reconocido, y además con un enfoque y propósitos realmente ilustrados, muy lejanos del mecenazgo puramente privado, para su «regia diversión», de Carlos III, el predecesor, éste en cambio siempre tan beneficiado por el juicio común de la Historia. Las poderosas propagandas negativas de Napoleón, de Fernando VII y de la Inquisición, combinadas y con ayuda de las crónicas de la época, junto con errores innegables de Carlos IV y su valido, terminaron por borrar también casi todos sus aciertos. Y, por desgracia, tampoco las ideas ilustradas y modernas («las Luces», que decía Godoy) llegaron finalmente entonces a poder arraigar entre nosotros.

No sé si podrá llamarse casualidad al hecho de que esta exposición, con el libro en el que por extenso detallo toda la investigación y las preciosas láminas que don Manuel de Villena presentó a Carlos IV, como resultado de la larga misión emeritense que aquél le había encomendado, se celebre en el mismo año y se clausure justamente cuando, el próximo 4 de octubre, se van a conmemorar los 150 años de la muerte del propio Godoy. Éste yace aún, proscrito en París tras cuarenta y dos años de amargo y pobre exilio, en una modesta tumba del cementerio del Père Lachaise, donde le acompañan otros muchos españoles castigados con el destierro. Tan lejos de la patria que tanto amó pero con la que no consiguió entenderse ni, todavía tanto tiempo después, hacerse perdonar.

I

LA HERENCIA ITALIANA: CARLOS III Y LA FORMACIÓN ARQUEOLÓGICA DE CARLOS IV

Parece lógico que, una vez pasado el pórtico, comencemos nuestro recorrido de la exposición por el que sin duda fue el modelo de la formación y el gusto por la Arqueología de Carlos IV: su padre, Carlos III de Borbón y Farnesio (1716-1788) (fig. 1), el más celebrado y el más estudiado de los Borbones españoles del siglo XVIII. La relación de Carlos III con el mundo italiano y a su vez con las antigüedades romanas puede juzgarse predestinada desde su nacimiento. Ante todo por su herencia materna, ya que su madre y segunda esposa de Felipe V, Isabel de Farnesio, procedía de una familia italiana muy vinculada al mecenazgo y al coleccionismo de antigüedades romanas. Pero la real familia de Carlos III no se limitaba sólo a cuidar de los magníficos fondos ya reunidos en Italia; en 1724, siendo el futuro Carlos III sólo un niño, ve desembarcar en Madrid,

compradas por sus padres, las bellas esculturas antiguas que había reunido en Roma la reina Cristina de Suecia.

En 1731 el madrileño infante don Carlos hereda el ducado de Parma y comienza así su larga estancia en la patria de su madre. Por la misma herencia llegan a su poder los archivos, las bibliotecas y la rica colección de obras de arte de los Farnesio. En mayo de 1734 reconquista y es coronado rey de Nápoles, con gran júbilo de la población; como Carlos VII, rescata el añejo título de «rey de Nápoles y las Dos Sicilias», por el que se le conocerá en adelante, y traslada su residencia a aquella capital meridional. Entonces hace traer de Parma y de Roma la mayor parte de las bellezas de su familia materna, iniciando para albergarlas junto con las pinturas el palacio napolitano de Capodimonte. Su



[FIG. 1]
 Carlos III de Borbón y Farnesio, «rey de las Españas y las Indias», representado como mecenas de la Arqueología. Grabado de las *Antigüedades de Herculano*. Dibujo de C. Paderni. Biblioteca Nacional, Madrid.

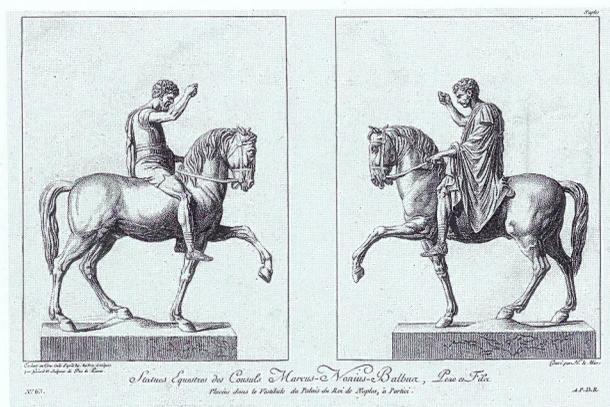
matrimonio en 1738 con la jovencísima princesa polaca M^a Amalia de Sajonia, educada asimismo entre los bellos mármoles de la colección paterna en Dresde, trae, además de trece hijos y una gran estabilidad personal para el rey, una inesperada consecuencia, que es también uno de los más felices hitos de la Arqueología Clásica: El descubrimiento y excavación de las ciudades sepultadas de Herculano, Pompeya y Stabia, a cuyos nombres e historia nuestro Carlos III permanecerá vinculado para siempre.

Este periodo arqueológico napolitano del rey, de 1738 hasta 1759, es uno de los más conocidos y analizados de este monarca. Las excavaciones regulares en Herculano (la moderna Resina) (fig. 2) comenzaron a mediados de octubre de 1738, con sólo dos o tres obreros. Pero ya en su intención inicial se aprecia que no interesaba tanto en ellas el valor propiamente científico o histórico, como a veces nuestros historiadores y arqueólogos insisten en creer, sino el mero hallazgo de piezas notables. En este sentido me parece útil reproducir aquí estas frases de la Real Instrucción que las autorizó, el día 13 del mes citado: «Prevengo a V.S. de Orden del Rey [...] a continuar la excavación de las grutas o ruinas del antiguo consabido templo que V.S. mismo [*scil.*, Medrano] entró a reconocer, para ver si se encuentran algunos mármoles, estatuas o piedras de algún provecho, disponiendo se saquen todas *las piedras de alguna utilidad o grandeza*.[...] *que no se pierda tiempo en excavaciones inútiles*, y previniéndole vaya dando cuenta de lo que se fuere descubriendo y encontrando, para que *cuando no resulte provecho alguno se abandone esta obra si se reconociere inútil*...».

Está claro, pues, que sus fines los presidía el pragmatismo, y por tanto que se movían aún bastante lejos de lo que podríamos entender como «ilustración». Aunque no más ni menos que en la línea de casi todas las colecciones pontificias, reales o aristocráticas que se habían ido formando por toda Europa desde el siglo XVI, se trataba de una inversión más en obras de arte para la corona, de «encontrar alhajas». Un testimonio del propio soberano, y muy posterior, confirma a mi juicio paladinamente este principio de rentabilidad económica, cuando felicita desde Madrid, ya por carta en 1760, a su mano derecha en Nápoles, Bernardo Tanucci: «me alegro [...] del cómputo que hiciste, paseándote por el Museo, de lo gastado hasta ahora, y del valor de lo hallado...». Las excavaciones, en resumen, en palabras del propio rey, «eran una de sus mayores

diversiones». Según Guerra de la Vega, fue reuniendo allí «la más fabulosa colección de esculturas, vasos, pinturas y mosaicos del arte griego y romano de la península itálica». La cada vez más enorme colección de antigüedades le llevó a la creación en el vecino Portici de un «Museo Herculanense» o «Borbonico», pavimentado con los propios mosaicos romanos (fig. 3). Buena parte de él era visitable, si bien, como ha destacado Represa, sólo se autorizaba a ello a la nobleza de sangre y a la aristocracia cultural y, aún así, hasta 1775 estuvo prohibido por completo, incluso para tales visitantes ilustres, el realizar dibujos y croquis o el tomar notas, lo que motivaba el disgusto de muchos, por ejemplo el del famoso teorizante y fundador de la Arqueología Clásica, Johann J. Winckelmann.

Las grandes obras de catalogación de los hallazgos, como las *Antichità di Ercolano*, fueron concebidas más «como de uso particular del monarca [...] sin embargo, la propia dinámica de la ejecución de los grabados, con la multiplicidad de personas que intervenían en el proceso, hizo imposible el mantenimiento del secreto...» (Guerra de la Vega). En efecto, en varias de las cartas

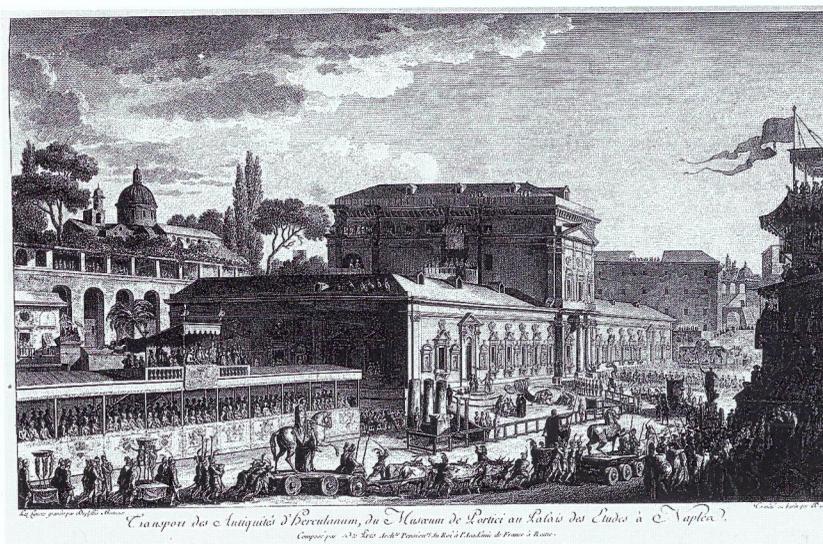


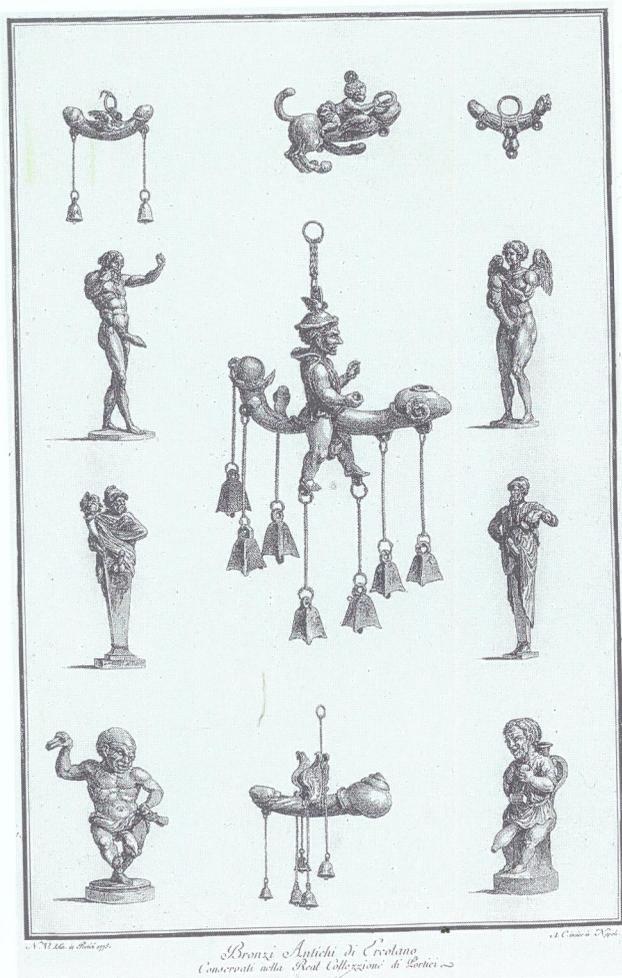
[FIG. 2] Estatuas ecuestres de los cónsules M. Nonius Balbos, padre e hijo. Uno de los hallazgos más famosos de la época en Herculano; se trata de dos miembros de la aristocracia de la ciudad. Biblioteca Nacional, Madrid.

que he consultado el rey acusa recibo de las láminas (algunas de un subido tono para la época: fig. 4) según se van acabando y enviándosele a Madrid para su conocimiento previo, y alguna vez confirma tanto la reserva sobre las mismas como el placer que le producen, y la causa de éste: «y así éstos como todos los otros [dibujos]

[FIG. 3]

El palacio napolitano de Capodimonte. Escena del «Transporte de antigüedades de Herculano desde el Museo de Portici al Palacio de los Estudios de Nápoles». Lámina imaginaria, para su presentación al rey Carlos. Abate de Saint-Non, *Viaje Pintoresco de Nápoles y Sicilia* (París, 1781-1786). Biblioteca Nacional, Madrid.





[FIG. 4] Bronces antiguos de Herculano conservados en las reales colecciones de Portici (Nápoles). De las *Antigüedades de Herculano*. Biblioteca Nacional, Madrid.

que me envía [Paderni] *no salen de mi poder*, y puedes creer el gusto que me causan, ya que Dios no quiere *que yo pueda ver esas cosas de otro modo...*».

En definitiva, el conjunto de la acción directa en Nápoles del futuro Carlos III durante más de veinte años, en los que consiguió, según afirma el filólogo italiano M. Gigante en 1985, cumplir a la vez los roles de «mecenas, proyectista, excavador, custodio y publicador», le valió cumplidamente el apelativo que R. Her-

big le dedicó en 1960 de «rey arqueólogo». Considerado Carlos III como un modelo, en el campo de la cultura europea en marcha y más en particular en la afición por la Arqueología Clásica, creo que su segundo hijo y heredero, el futuro Carlos IV, no pudo tener otro más completo que su padre.

Sin embargo, cuando Carlos III vino para reinar en España, a fines de 1759, no se decidió, por la razón que fuera, a agrupar, encauzar, financiar o hasta liderar, como sí lo había hecho en Italia, los, en todo caso no muchos, intereses y esfuerzos ya existentes en favor de la Arqueología nacional. Algo se le puede adjudicar, como en 1780, cuando patrocina una excavación en Rielves (Toledo), tras el hallazgo casual de algunos bellos mosaicos, para la que envía nada menos que al director de Arquitectura de la Real Academia de San Fernando, Juan Pedro Arnal. Pero la realidad es que ordena abandonar los trabajos en cuanto se comprueba que se trata sólo de una villa rústica. Viajes (como el famoso de A. Ponz), bibliotecas y colecciones sí recibieron su protección, aunque cabe anotar que se aprecia en conjunto que sólo moderadamente.

A la hora del balance con respecto a la Arqueología de su propio país, creo que se puede afirmar que el tan bien acreditado Carlos III (hasta el punto de haber eclipsado a sus dos antecesores, Felipe V y Fernando VI, y a su sucesor) no tenía una conciencia «ilustrada» de la cultura, ni en comparación con otros múltiples aspectos de su buen gobierno, ni tan clara como la veremos en el reinado de su hijo, al menos en los planos legislativos y prácticos. Concebía aún el mecenazgo arqueológico como una actividad cuyo desarrollo y resultados eran privativos de la Corona o, como mucho, de las clases más selectas y, en todo caso, nada vio en la Arqueología española que llamara verdaderamente su real atención.

II

CARLOS IV Y GODOY, PROTECTORES ILUSTRADOS DE LA ARQUEOLOGÍA ESPAÑOLA

CARLOS IV: EL PRIMER PROTECTOR ILUSTRADO DE LA ARQUEOLOGÍA ESPAÑOLA

Carlos IV de Borbón y Sajonia (fig. 5), que reinó desde diciembre de 1788 a marzo de 1808, es un rey no muy bien considerado en la memoria histórica de los españoles, y por varios convincentes motivos. Sin embargo, en su mucho menos estudiada faceta de protector de la Arqueología, las Artes y las Letras antiguas no creo, como ya avancé, que nos hallemos ante ningún indigno continuador de sus tres cultos antecesores, a los que incluso superó mucho en el aspecto legislativo. Y ello más aún si tenemos en cuenta que, en líneas generales, el reinado de su padre fue largo y bastante tranquilo, mientras el suyo fue más breve y mucho más problemá-

tico. Son, sin embargo, muy pocos los autores que, como C. Seco o M. Á. Artola, reconocen ecuanímente el valor de sus logros en este terreno. C. Rojas llega a estimar que «el legado cultural y educativo de Godoy y Carlos IV carece de precedentes y no encontrará adecuada sucesión en los reinados posteriores». Puntos de vista minoritarios pero con los que, al terminar nuestra investigación, nos identificamos más.

Entre los logros de la cultura y el arte en la época de Carlos IV conviene destacar bastantes, y de forma general, e incluso más particular, esto sí se ha hecho. Aparte de la restauración del Observatorio Astronómico de Cádiz (1790-1796) o de la construcción del de la Corte (1790), hemos de añadir el impulso dado a la Calcografía Nacional, la creación del Depósito Hidrográfico de Madrid (del que el célebre viajero y





[FIG. 5]
Carlos IV de Borbón y Sajonia. Óleo pintado por F. de Goya hacia 1789. Museo del Prado, antes en el de Bellas Artes de Zaragoza. (Foto Museo de Bellas Artes de Zaragoza)

naturalista alemán Alexander von Humboldt opinaba que «era el mejor establecimiento de esta clase que existía en la Europa», del Real Instituto Pestalozziano, para poner en práctica las más recientes tesis del pedagogo suizo H. J. Pestalozzi sobre los métodos de la enseñanza a niños, que sentaron las bases de las recientes escuelas primarias europeas (proceso que, obviamente, quedó truncado en España), junto a las traducciones de algunas de sus obras, como, por poner un ejemplo, *El A.B.C. de la visión intuitiva*, cuya portada se mandó ilustrar a Goya y éste dedicó a Godoy (fig. 6).

Son mérito también de Carlos IV el patrocinio de la célebre expedición científica de Alejandro Malaspina

y José F. Bustamante (1789-1794), o la singularísima protección sin la cual el ya citado Humboldt jamás hubiera podido realizar su famoso viaje privado (1799-1804) por la América hispana, de tanta repercusión en la ciencia europea. Pero quizá su más duradero descubrimiento fuera el de las brillantes cualidades del propio Francisco de Goya, al que Carlos IV ascendió en 1799 a primer pintor de cámara, consagrando así para siempre su fama y su fortuna. Godoy, que había recomendado al aragonés ante el rey para tal ascenso, y le había comprado ambas «Majas» y toda su colección de «Caprichos» y grabados, incluso aprendió el lenguaje de los signos para poder entenderse con él después de la grave enfermedad que le dejó sordo. (Es, sin embargo, menos sabido que Goya no les pagó con la misma moneda, pues al mismo tiempo ayudaba clandestinamente a la causa del Príncipe de Asturias, el futuro Fernando VII, pintando carteles donde se presentaba a los reyes y a Godoy en posiciones obscenas).

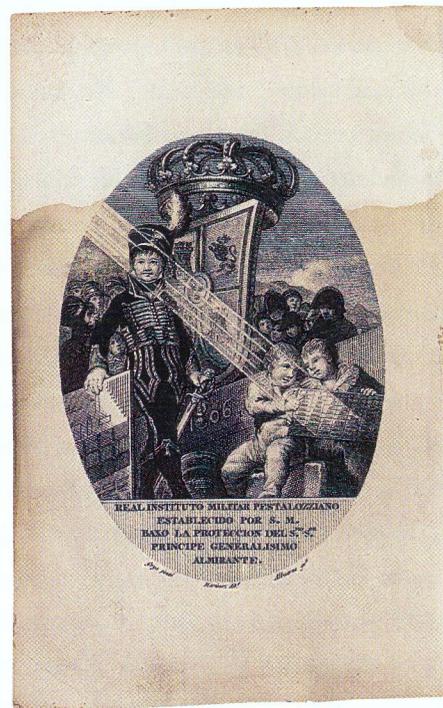
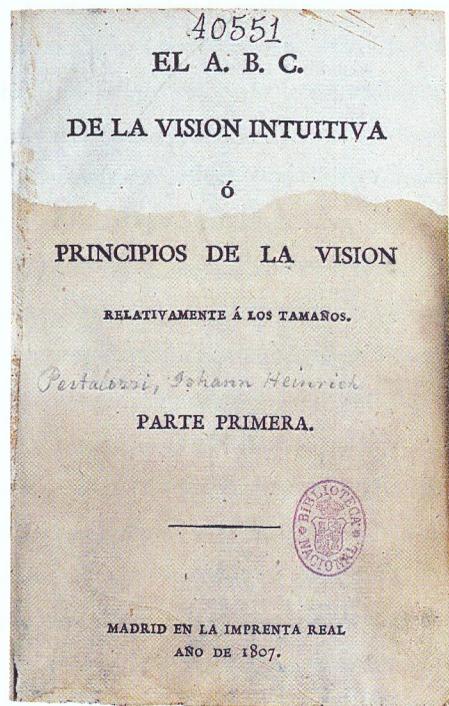
Permanecen, sin embargo, ignorados el interés y el mecenazgo de Carlos IV en nuestro campo de la Arqueología y la Historia Antigua. Materias a las que debía de ser muy sensible. Recordemos que el infante don Carlos vino al mundo en noviembre de 1748, en pleno «palazzo dei Portici», en el que para entonces ya se acumulaban, en patios, jardines, salones, cámaras privadas y vitrinas, las muchas bellezas salidas de las excavaciones. De forma que los primeros once años de la vida del infante don Carlos transcurrieron entre mármoles, inscripciones, mosaicos y bronces, y viendo afanarse a anticuarios, restauradores, dibujantes y grabadores. Y conviene insistir en ello porque, como muestra de lo que antes decía, ni las síntesis generales de este reinado, ni los estudios de Historiografía de la Arqueología sobre estos dos siglos de España, el XVIII y el XIX, iniciados por fin, y masivamente, en 1988 (posiblemente a raíz de una amarga queja del gran experto sevillano F. Aguilar Piñal), se han detenido en estos aspectos del reinado, y

menos aún en la persona, en tanto aficionado o como promotor, de Carlos IV de Borbón. La opinión hasta ahora reinante, en sintonía con la visión crítica general, la expresa este comentario reciente de un colega andaluz, al referirse a la labor de Carlos III: «y con ello vamos llegando al ocaso de la historiografía ilustrada [...] en 1788 Carlos IV sucede a Carlos III, un cambio nada favorable para las perspectivas optimistas...». Se trata, como vemos, de una afirmación en la línea «clásica», pero con la que no es posible estar de acuerdo. Muchos de los datos en los que me baso para afirmar esto son inéditos, mientras otros no han sido nunca entendidos o encuadrados dentro de un programa coherente de este reinado en favor de la Arqueología, idea de la que no existe al día de hoy una verdadera consciencia. Es preciso, pues, ver algunas muestras.

Se cuentan como más destacadas entre las que he podido de momento documentar: La reparación y restauración de la «Torre de Hércules» en La Coruña por sus valores históricos, y el encargo de una investigación destinada a averiguar su verdadera fecha (1790, con su estudio por J. Cornide), la continuación del *Viage anticuario* de Fr. José Ortiz y Sanz (1790), la decisión oficial de «multiplicar los ejemplares de los autores clásicos, griegos, latinos y españoles», además de las reimpresiones «de todas las que no abundaban» (*Obras completas* de Cicerón, en 14 volúmenes, y ediciones especiales de los *Diálogos* ciceronianos, de Jenofonte, Tácito, Velejo Patérculo, César y Quintiliano, un curso de humanidades clásicas y una nueva gramática greco-latina, todas ellas entre 1792 y 1798); el apoyo a los orientalistas como J. Banqueri o J. A. Conde, para «beneficiar los

[FIG. 6]

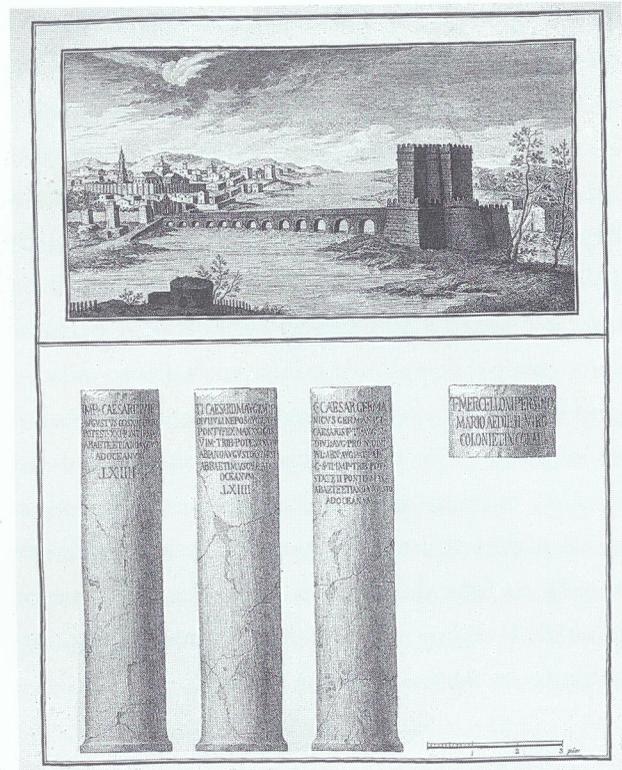
El A.B.C. de la visión intuitiva o principios de la visión relativamente a los tamaños. Parte primera, del pedagogo suizo J.H. Pestalozzi. Traducción mandada hacer por Godoy, Madrid, 1807. Dibujo de Goya. Biblioteca Nacional, Madrid



tesoros empolvados de la literatura arábica», ordenando también a la Real Academia de San Fernando que se continuara la monumental *Antigüedades árabes de España*, proseguida por el canónigo Lozano (1804) (fig. 7).

Trabajos de mucho valor que habían quedado inéditos fueron dados a la luz, como es el caso del académico Ignacio de Hermsilla y Sandoval (caído en desgracia junto al marqués de Valdeflores) y su importante estudio de 1762 sobre las ruinas de *Augustobriga* (Talavera la Vieja, Cáceres), que sólo se publicará ahora. Se expiden órdenes reales para que se estudie la disputada cuestión histórica de la batalla de *Munda* (a F. Pérez Bayer, en 1792), para recolectar y publicar todas las obras de Alfonso X el Sabio (1793) o, a través de Godoy, oficiar la remisión a la Academia, para su examen y juicio, de un tomo en folio, manuscrito, sobre epigrafía romana y goda de la provincia de Extremadura, a fin de conocer su valor científico, entre otros trabajos similares. En 1792, el Gobierno envía al académico y anticuario aragonés Joaquín Traggia a recorrer varios archivos de España, y en 1794 al escritor y marino J. Sans Barutell para investigar en los de Barcelona y Simancas. Es en 1795 cuando se negocia con los herederos del magnífico y desgraciado marqués de Valdeflores, muerto en 1772, que su hermano, a cambio de rehabilitar el marquesado, envíe desde Málaga a la Real Academia los valiosísimos 69 volúmenes de manuscritos inéditos (de los relativos a inscripciones me ocupo actualmente), que eran el espléndido producto de una obra científica tan inmensa como poco agradecida.

Las grandes obras geográficas modernas de Tomás López y de su hijo Juan, Geógrafos de los Dominios del Rey (el primero desde Carlos III) no olvidaron la creación y grabado de mapas de la Geografía antigua de Hispania según distintos autores, por petición o para satisfacción del rey y de Godoy. Juan López, por ejemplo, que había traducido en 1787 el libro III de Estrabón (y posiblemente sea suyo el precioso mapa en colores, que

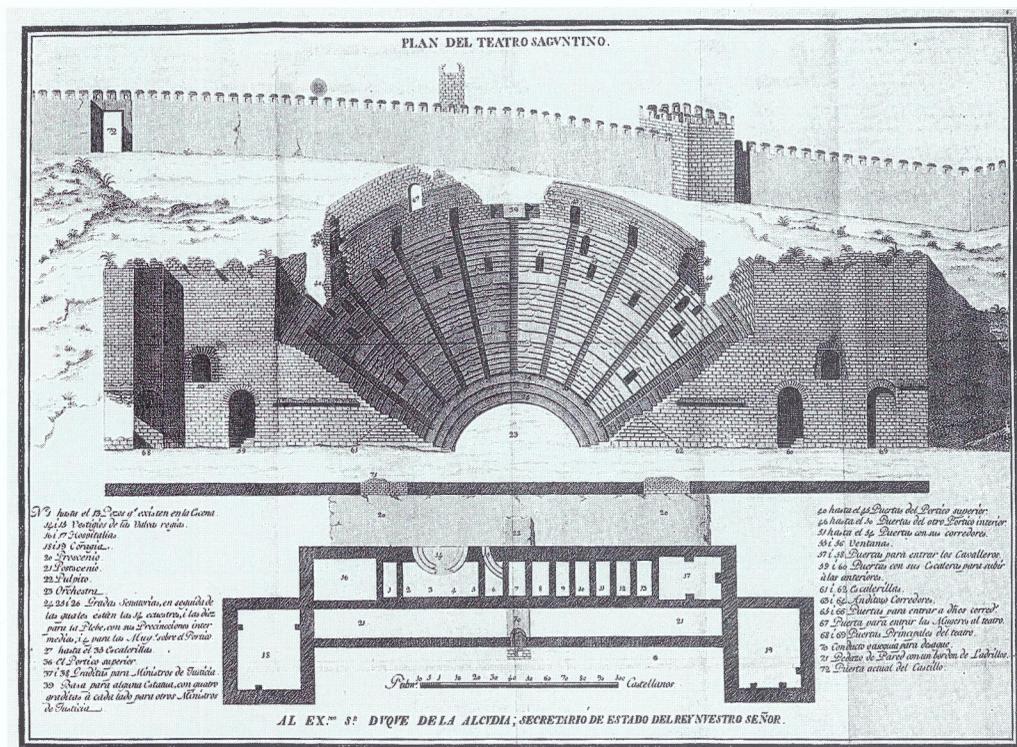


[FIG. 7] *Antigüedades árabes de España* (1804). El grabado muestra una vista de Córdoba, con su mezquita y el puente, y miliarios romanos de la *via Augusta*. Real Academia de la Historia, Madrid, 1804.

consta como de autor anónimo en la Academia de la Historia), en sus ratos libres, a fines de 1795, ejecuta para Godoy, y le dedica, «una disertación ó memoria geográfico-histórica sobre la Bastitania y Contestania...». Parece obvio que éstos eran temas de interés personal para Godoy o para el rey, o para ambos.

La propia Academia de la Historia constituyó, en 1792, una «Sala de Geografía», y en 1796 Carlos IV encargó a M. Abella el reconocimiento exhaustivo de los archivos españoles, especialmente de los municipales. Godoy afirma en sus *Memorias* (París-Madrid, 1836) que con este encargo se quería «juntar datos para la formación de una nueva geografía más exacta de la España, para recoger noticias de sus antigüedades y reunir

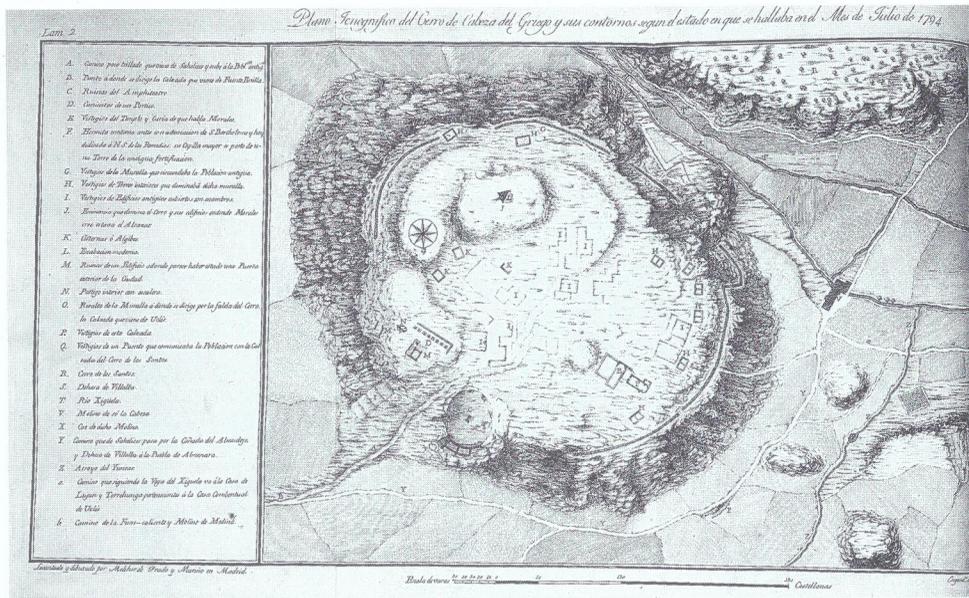
[FIG. 8]
Teatro romano de Saguntum (Sagunto, Valencia). De la obra de E. Palos y Navarro *Disertación sobre el teatro y circo de Sagunto, ahora villa de Murviedro* (Valencia, 1793). Dedicada a Godoy como Duque de la Alcudia. (De S. Lara Ortega, 1991)



nuevas luces...». Este nuevo viaje era, en cierto modo, una continuación parcial del interrumpido de Valdeflores, y en la imprenta real se editó como anuncio el opusculo *Noticia y plan de un viaje para reconocer archivos y formar la colección diplomática de España, encargada por el rey a don Manuel Abella* (Madrid, 1796). Tras declararse protector de este empeño ante el rey, Godoy concluye: «fue desgracia que mis sucesores en el mando, un Jovellanos y un Saavedra, descuidaran esta obra...».

A veces los propios viajes geográfico-científicos auspiciados por la corona daban lugar a hallazgos y a excavaciones arqueológicas autorizadas, como ocurrió durante el de Antonio José Cavanilles, quien, en la primavera de 1791, recibió el encargo del rey de «recorrer la España para examinar los vegetales que en ella crecen»; en el tomo II de su obra, pp. 226-232, inserta la memoria de su excavación de una *villa* romana entre Calpe e Ifach (Alicante), hecha en mayo de 1792. Hablando de ciuda-

des y monumentos más famosos, son también de este reinado (1793) los trabajos en el circo y en el teatro romanos de *Saguntum* (Sagunto, Valencia) de Enrique Palos y Navarro, abogado de los Reales Consejos y estudioso de las ruinas de la que por entonces era llamada «Murviedro» (de «*ad Murum Veterum*»), nombrado por Carlos IV —con muy notable avance sobre la generalización de esta costumbre en España— «juez conservador de las antigüedades saguntinas», y cuya obra publicó la Imprenta Real; la imponente lámina central de este desgraciado teatro iba dedicada personalmente a Godoy (fig. 8). Tampoco es conocido que se deben a Carlos IV las primeras excavaciones oficiales en la muy disputada, desde el siglo XVI, ciudad celtibérica de *Segobriga* (Saelices, Cuenca), después de haber seguido el rey atentamente las particulares que se habían desarrollado allí en 1789. En efecto, los trabajos de 1789 y 1790 los dirigió don Francisco Javier de Santiago Palomares, célebre



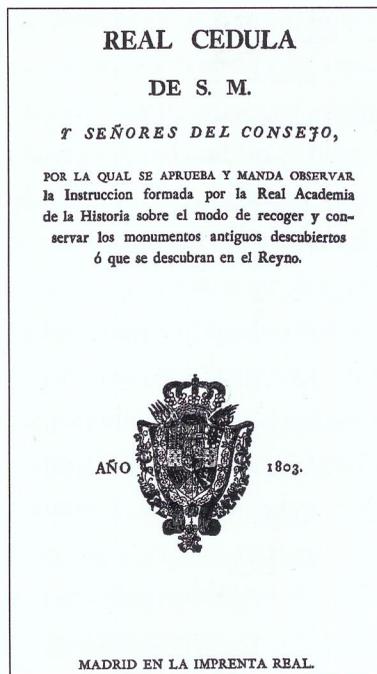
[FIG. 9]
Planta general de la ciudad romana de Segobriga (Saelices, Cuenca) en ocasión de las excavaciones regias. De la obra *Noticia de las antigüedades de Cabeza del Griego* de J. Cornide y Saavedra (1793-1799). Real Academia de la Historia.

paleógrafo y a la sazón Archivero real, quien también dibujó lo que iba apareciendo (fig. 9). De estas exploraciones en concreto rememora Godoy que «llevadas adelante las excavaciones, se hallaron con efecto nuevos monumentos, medallas, inscripciones y vestigios magníficos de una gran ciudad populosa. Los más de nuestros sabios anticuarios la han reconocido por la antigua *Segobriga*, una de las más célebres de nuestra España romana y goda, destruída y arrasada por los sarracenos. Las inscripciones y medallas que se hallaron han ofrecido a la ciencia de los tiempos muchas fechas importantes, que ilustró después nuestra Academia de la Historia...». Me parece también muy notable que Godoy, en sus citadas *Memorias*, caracterice estas excavaciones como un ejemplo de «obras emprendidas para sustento de los pobres», ya que «los trabajos ocuparon a muchos brazos...» Bien entendida en el contexto de su época, y hasta admitiendo un cierto margen para la autodefensa desde el destierro, me chocaría que pudiera encontrarse una referencia como esta última, ni una alusión de interés social parecida, en toda la bibliografía arqueológica coetánea. La obra *Noticia de las antigüedades de Cabeza del Griego*, del aca-

démico Cornide, es de su segundo viaje de estudio, en 1793, aunque viera la luz en 1799.

Parecida intervención se hacía en el caso de otros hallazgos fortuitos y actividades arqueológicas de índole privada, como en las exploraciones, iniciadas en 1791 y proseguidas en 1794, en Duratón (Segovia), por el cura rector de Duruelo, doctor Santos Martín Sedeño; allí envía Carlos IV en 1795 a uno de sus arquitectos reales —y nada menos que a Juan de Villanueva— para que se haga cargo de las excavaciones y de los hallazgos, a pesar de que se trataba de un simple complejo privado, es claro que con el afán de que no se perdieran objetos importantes.

Terminaré este somero repaso sobre la actividad de Carlos IV con dos iniciativas legales que tuvieron repercusión activa, general y duradera, en beneficio de la protección de las antigüedades de toda la nación, y que es hora ya de reconocer cumplidamente al monarca que estudiamos. La primera de ellas, en parte como culminación de un continuado interés y a su vez como prueba eficaz del mismo, es el impulso para la reforma de los Estatutos de la Real Academia de la Historia, en



[FIG. 10] Real Cédula de 6 de julio de 1803, promulgando la *Instrucción formada por la Real Academia de la Historia sobre el modo de recoger y conservar los monumentos antiguos descubiertos ó que se descubran en el Reyno*. Real Academia de la Historia, Madrid.

cuyo seno se procedió a crear, el 21 de septiembre de 1792, una comisión específica denominada *Sala de Antigüedades*, de la mayor responsabilidad en el siglo y medio venidero y cuya existencia, aunque con variaciones en el número de sus individuos y fuertes altibajos en su actividad y eficacia, perdura hasta el día de hoy.

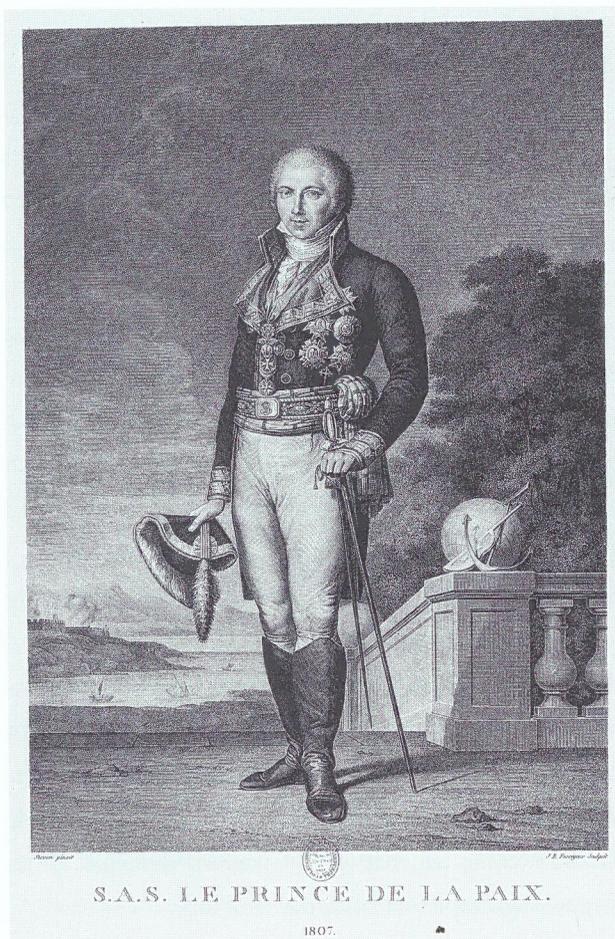
La segunda es su Real Cédula de julio de 1803 (fig. 10), por la cual se ordenaba vigencia nacional y obligado cumplimiento a la *Instrucción formada por la Real Academia de la Historia sobre el modo de recoger y conservar los monumentos antiguos descubiertos ó que se descubran en el Reyno*. Ésta fue, en efecto, la primera vez que se tomó en España una medida legislativa de alcance nacional con objeto de proteger y conservar el patrimonio arqueológico, hecha además con un concepto y propósitos astronó-

micamente alejados de los que hemos visto que habían movido a su padre Carlos III. Algunos de sus párrafos son de gran modernidad en sus planteamientos, como la amplitud con que se detallan las diversas categorías de los monumentos y objetos susceptibles de ser protegidos, o por la manera en que protege «qualesquiera cosas, aun desconocidas, reputadas por antiguas, ya sean Púnicas, Romanas, Cristianas, ya Godas, Árabes y de la baxa edad...», es decir, velando incluso por los de aquellas épocas y pueblos tradicionalmente despreciados en España por razones religiosas o culturales, siendo su intención general «*coadyuvar a la ilustracion de la Patria* [...] al honor, antigüedad y nombre de los Pueblos mismos [...] y a [...] que no se pierdan unos monumentos en cuya conservación interesa *la instruccion pública*, y aun *el honor de la Nación...*». Creo que esta disposición legislativa por sí sola, y por si no fuera suficiente todo lo antes comentado y lo que de aquí en adelante se refleje, bastaría para reivindicar el reconocimiento de Carlos IV de Borbón como el más claro y eficaz defensor de la Arqueología española hasta ese momento.

GODOY Y «EL VIAJE PINTORESCO DE ESPAÑA» DE ALEXANDRE DE LABORDE

Pero a la hora de valorar los aspectos culturales del reinado de Carlos IV, y muy especialmente en el campo de la Arqueología, tiene sus propios méritos su favorito, amigo, y muchos años Secretario de Estado, don Manuel de Godoy y Álvarez de Faria (1767-1851) (fig. 11), conocido también por sus títulos de Duque de la Alcudia y de Sueca y Príncipe de la Paz, pero más frecuentemente como sólo «Godoy».

D. Hilt, en el prefacio de su obra de 1987, destaca, a mi juicio muy lúcidamente, cómo Godoy, dentro de la voluminosa bibliografía del periodo napoleónico,



[FIG. 11]
 Don Manuel de Godoy y Álvarez de Faria, Príncipe de la Paz. Lámina de la edición original del *Voyage Pittoresque* de A. de Laborde, París, 1806. Dibujo de Steven, grabado de Fosseyeux. Estampa suelta. Biblioteca Nacional, Madrid.

«permanece incomprensiblemente como una figura desatendida, a pesar de ser el gobernante *de facto* de España desde 1792 hasta 1808, y el más importante adversario del emperador francés al Sur de los Pirineos». Este extremeño de Castuera, tan adulado y obsequiado cuando estuvo en el poder, como odiado y vilipendiado cuando lo perdió (y cuántos, por desgracia, han experimentado en nuestro país esta misma mezcla de mieles y hieles), tiene aún una de las peores imágenes históricas de todos los tiempos: De catorce monografías sobre su

vida sólo dos o tres le son favorables, y en trabajos menores cuenta con otros tres o cuatro tratadistas. El «dossier Godoy», en efecto, parece hoy tan inamovible como hace siglo y medio. Los historiadores actuales —dice Serrano Poncela— no parecen decidirse a la tarea de volver sobre los documentos, y de rectificar análisis y conclusiones anteriores, a veces axiomáticas. Pero, si aceptables o discutibles son muchos de los juicios que sobre su actividad política se han vertido, ninguno puede aceptarse que no reconozca lo mucho que hizo por elevar el nivel cultural de España.

En sus ya citadas *Memorias*, y aunque su interés primordial es contar su versión —por cierto que muy documentada— de los hechos políticos y militares que él vivió, Godoy reserva muchas páginas a recordar las actividades culturales del reinado en aquellas etapas bajo su gestión. Impresiona ver que tales páginas, en la apretada edición que hizo C. Seco Serrano en 1965, son nada menos que cuarenta y tres sólo entre 1792 y 1798. Después de leer éstas y las de los otros periodos, y de verificar la exactitud de muchas de ediciones y autores, las dedicatorias tan fervientes, y los agradecimientos que Godoy recuerda, no cabe sino compartir la opinión de Seco: «Es un hecho indudable que amó la cultura en todas sus manifestaciones, y que procuró hacerse perdonar su omnipotencia empleándola en favor de las luces...».

Es Godoy, que tenía cierta formación clásica desde su juventud, quien impulsa y anima muchos de los proyectos de Carlos IV ya citados. Y es él, por ejemplo, quien acepta la propuesta de J. Cornide para que su viaje a Lisboa, en busca de las *Partidas* de Alfonso X el Sabio, se convirtiera también un *Viage literario de Portugal*, y en una especie de complemento del realizado por el marqués de Valdeflores, recogiendo las antigüedades habituales (inscripciones, esculturas, edificios), los caminos romanos y, en fin, «visitando lo que Velázquez no pudo»; así, de junio de 1798 a marzo de 1801

se le asignaron 5.000 reales al mes y para acompañarle dos escribientes (uno de ellos dibujante) y un joven auxiliar. Pero quizá uno de los más curiosos documentos que he encontrado sobre el extraordinario interés de Godoy por la Arqueología es uno que custodia la Biblioteca de Palacio (y con el que no hemos podido contar para esta exposición): el *Diario del viage egecutado en virtud de las órdenes recibidas del Sr. Duque de la Alcudia por D. Francisco Zamora en 1793-1794*. Se trata del informe de un viaje de espionaje por Levante; pero el espía, en sus ratos libres, cumple otro encargo del Secretario de Estado, dedicándose a visitar ruinas, como las de Cartagena, y a copiar, como Dios le da a entender, las inscripciones romanas que están a la vista. Caso significativo, y curioso donde los haya, por-

que lo habitual es lo contrario: usar al arqueólogo para una actividad secundaria de espionaje, y no al espía para que además haga de arqueólogo.

Me ha sido dado probar además, en el transcurso de mi estudio, que Godoy está decisivamente vinculado al más ilustre y único «viaje» sólo anticuario superviviente: el celeberrimo *Voyage Pittoresque de l'Espagne* de Alexandre de Laborde (Alejandro La Borda, en realidad, pues su rico padre era natural de Jaca, en Huesca), cuyas bellas láminas son ilustración frecuente en libros, artículos, museos, exposiciones arqueológicas y allá donde haya alguna sensibilidad para la belleza. Nuestra ciencia nacional siempre ha considerado esta magna obra, de gran formato, como un proyecto de inspiración y financiación francesas, atribuyéndose incluso su patrocinio al

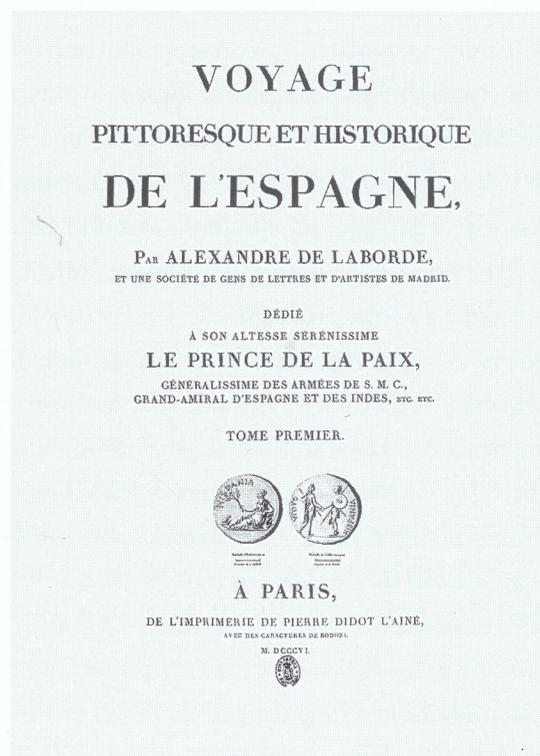
[FIG. 12]

Viaje Pintoresco de España, de A. de Laborde. Portada de la obra. La estela central representa un completo homenaje a España y sus dinastías. Biblioteca Nacional, Madrid.



[FIG. 13]

Viaje Pintoresco de España. Dedicatoria de la obra al Príncipe de la Paz, por A. de Laborde. Se cita en ella la importante participación española. Biblioteca Nacional, Madrid.



propio Napoleón. Pero, por lo que dice Godoy y por otros diversos indicios que he hallado, esta costosa empresa puede considerarse no tanto francesa como española, e incluso no tanto del rey como casi exclusivamente suya.

De hecho, se hizo una primera edición del primer tomo en la Imprenta Real de Madrid, en 1806, dedicada por Laborde al Príncipe de la Paz. Incluía en plena portada un espléndido retrato suyo a toda página, que también figuró en la de París. Un ejemplar suelto de él se conserva y nos ha prestado gentilmente la Biblioteca Nacional (*vid.* fig. 11). Por razones políticas obvias, retrato y dedicatoria fueron eliminados en todas las tiradas posteriores, hechas ya en París.

La portada que sustituyó a esta primera lleva desde el principio lo que a primera vista parece un simple «paisaje de género» de tema anticuario. Pero es mucho más: Cuando se la observa detenidamente, admira encontrarse en el primer plano, sobre un fondo donde se mezclan en la lontananza la coruñesa Torre de Hércules, el acueducto tarraconés de Las Ferreras y la Alhambra granadina —representando quizá las tres principales épocas culturales de España— una a modo de estela conmemorativa romana que es una verdadera *oda a la monarquía española* y a sus distintas dinastías (fig. 12). Algo que resultaría inaudito en un ciudadano francés que hubiera realizado un carísimo viaje ilustrado a su propias expensas o a las de Napoleón, que es lo que siempre se afirma. Y si apasionadamente hispana y laudatoria es esta portada, no menos lo era la página con la dedicatoria original de A. de Laborde (fig. 13). En ella se lee, en francés: *Viaje / Pintoresco e Histórico / de España, / por Alexandre de Laborde, / y una sociedad de literatos y artistas de Madrid. / Dedicada a su Alteza Serenísima / el Príncipe de la Paz, / Generalísimo de los Ejércitos de S(u) M(ajestad) C(atólica), / Gran Almirante de España y de las Indias, etc.* No cabe, desde luego, un mayor reconocimiento.

Varios párrafos de los recuerdos de Godoy aclaran, casi paso a paso, la gestación del proyecto y cómo lo acogió como suyo, dándole a Laborde y a Boudeville (entonces también pintor de cámara de Carlos IV) toda clase de facilidades y medios para el *Viaje*. Pero nos interesa leer, en el tomo II (periodo 1804-1807), la utilidad que esta obra tenía para él. Dice del *Viaje Pintoresco de España* que «tenían el suyo otras naciones; la nuestra no debía ser menos. *Interesaba mucho a nuestra historia, e interesaba nada menos a nuestra arqueología y a nuestra arquitectura y escultura: se necesitaba eternizar por el dibujo y el grabado lo que la voracidad del tiempo podría llevarse en adelante, tantos monumentos fenicios, griegos, romanos, godos y árabes e hispanos que conocían tan sólo los viajeros, cuyas noticias y detalles escaseaban en los libros, de los que nada entra- ba por los ojos del que no viajara...*»

Termino, para resumir toda esta actividad cultural y arqueológica de Godoy, con una frase de las memorias de uno de sus mayores enemigos, el famoso general francés S. M. Foy (por cierto que enterrado cerca de él en el mismo cementerio parisino): «*Godoy continuó y aceleró el impulso dado por los Borbones a la Industria y a las Artes. En sólo quince años hizo más por las Artes y las Ciencias de todo lo que se había hecho durante los tres reinados anteriores...*». No caben muchas dudas ante el elogio que firma la pluma de un enemigo...

Esta nueva perspectiva enmarca y explica mejor la misión arqueológica oficial de Mérida: No se trató de un encargo esporádico, caprichoso o excepcional, sino de una medida más dentro de una política consciente de estudio y protección de las antigüedades españolas. Posiblemente Carlos IV buscaba excavar su «Pompeya española», y al menos lo intentó en varias de las por entonces más famosas ciudades con ruinas romanas visibles: Segóbriga, Sagunto y Mérida. Pero pronto los acontecimientos se precipitaron, arrastrando con ellos todos sus proyectos y sus propias vidas.

III

PERSONAJES PARA UNA HISTORIA:

CAMPOMANES,

FLORIDABLANCA

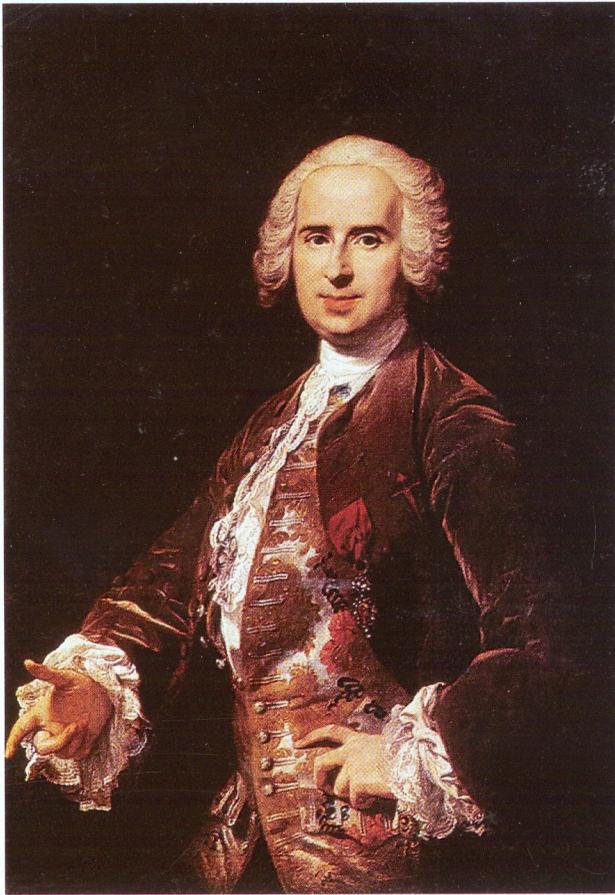
Y

MANUEL DE VILLENA

PEDRO RODRÍGUEZ CAMPOMANES
Y PÉREZ SORRIBAS, PRIMER CONDE
DE CAMPOMANES (1723-1802)

Se trata de uno de los personajes históricos (fig. 14) más conocidos y biografiados, y de más peso, de los reinados de Fernando VI, Carlos III y Carlos IV, bajo el cual perdió parte de la preeminencia que había alcanzado con su padre, y precisamente a causa del tema de la abolición de la Ley Sálica que tantos disgustos traería a España mucho más tarde. Gozó de su mayor influencia durante el reinado de Carlos III, junto al cual desempeñó altos cargos durante muchos años, entre otros la Fiscalía de Castilla (1762-1783), de cuya Cámara y Consejo más tarde, entre 1783 y 1791, fue Presidente y Gobernador.

Asturiano de origen, tuvo sin embargo mucha vinculación con Extremadura y más en concreto con Mérida, donde ya en 1771 Carlos III le había regalado, por sus buenos servicios a la causa regalista, una espaciosa finca que llevó también su nombre y que él utilizó como zona experimental para sus reformas agrícolas e industriales. Pero tuvo además una faceta de historiador y epigrafista mucho menos conocida. Aunque en 1745 se recibe de Abogado de los Reales Consejos, Campomanes tenía una sólida formación de helenista, como bien estudió hace años L. Gil, y despuntaba también como historiador y estudioso de las antigüedades. Dos obras de carácter histórico le habían hecho ya célebre en su juventud: La primera, cuando contaba con escasos veinticuatro años, sobre la historia de los caballeros Templarios, que le catapultó al año siguiente (1748) a Individuo

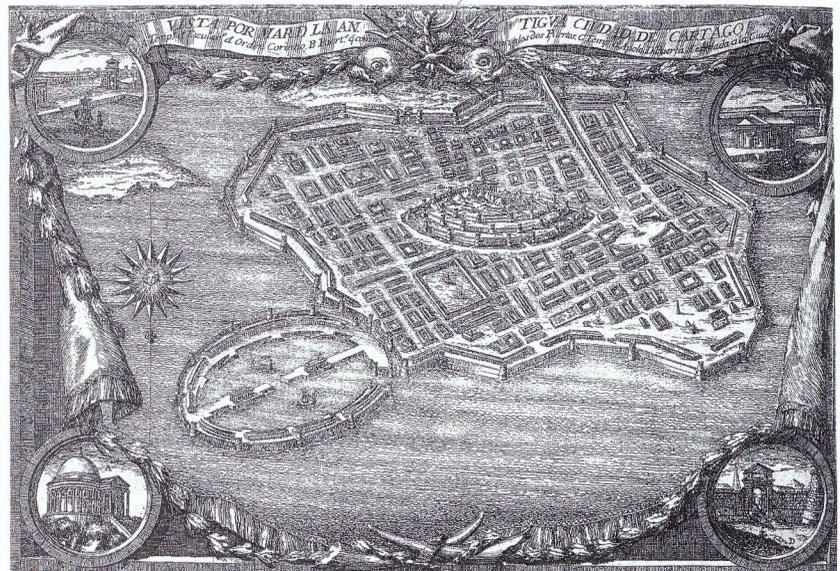


[FIG. 14]
Pedro Rodríguez Campomanes, primer conde de Campomanes. Retratado por su amigo Anton Raphael Mengs. Colección particular. Tomada de A. Álvarez Requero, 1954.

Honorario de la Academia de la Historia. Y la segunda, de 1756, de mucho impacto por ser un tema y periodo muy poco tratados: *Antigüedad marítima de la República de Cartago, con el Periplo de su General Hannón, traducido del griego en nuestro idioma, e ilustrado* (fig. 15), y que quería ser primera parte de una, mucho más ambiciosa, *Historia de la Marina Española*.

En 1755, y aunque estaba aún reciente el proyecto en parecido sentido de don Luis J. Velázquez, marqués de Valdeflores, redacta y lee ante la Academia una *Representación sobre la formación de una colección de inscripciones*. Al entrar, en ese mismo año, y de la mano de Fernando VI, en la carrera política, debe apartarse de estas actividades que tanto le satisfacían, pero ello no mengua su gusto por la Arqueología. De hecho, siempre se mantuvo en cierto modo vinculado a ella, puesto que fue elegido para Director de la Real Academia de la Historia durante 27 años consecutivos hasta 1791.

Una noticia nos marca una pista en relación con la misión de Mérida: En 1778, siendo Presidente de la Mesta, Campomanes realizó un detenido viaje por



[FIG. 15]
Plano del puerto de Carthago en época púnica. Lámina de la *Antigüedad marítima de la República de Cartago, con el Periplo de su General Hannón*, de P. Rodríguez Campomanes, Madrid, 1756. Real Academia de la Historia, Madrid.

Extremadura, estudiando a fondo la necesidad de la creación de una Audiencia propia para la provincia (que, en efecto, se creó años más tarde en Cáceres), las posibilidades de su mejoramiento agrícola para ir abandonando la intensividad de la ganadería, y sus necesidades en vías de comunicación. Pues bien, en su *Diario* de ese viaje he encontrado algunas referencias interesantísimas acerca de la ciudad romana, entre las que dice, por ejemplo, que «si se vaciasen de tierra presentarían gran parte de los edificios antiguos...».

Así pues, tenemos pruebas de que, trece años antes de la misión arqueológica que más adelante vamos a estudiar, el conde de Campomanes ya había llamado la atención sobre la necesidad de que los monumentos emeritenses fueran estudiados con más cuidado, e incluso algunos de ellos excavados. Así que, con tales antecedentes, y buscando la causa de la misión arqueológica de Mérida, no es difícil imaginar la gran influencia que Campomanes estaba en condiciones de desplegar ante Carlos IV, especialmente como directo conocedor y admirador de las antigüedades emeritenses y en su doble faceta historiador y de Director de la Real Academia.

DON JOSÉ MOÑINO Y REDONDO, CONDE DE FLORIDABLANCA (1728-1808)

Otro insigne estadista (fig. 16), ministro de Carlos III y Secretario de Estado inicial de Carlos IV. Amigo y compañero de Campomanes, ya que ambos habían sido fiscales de Castilla, tenía como él inclinaciones progresistas y «novadoras»; les unía también su común aversión a los jesuitas, para cuya expulsión de España Campomanes elaboró el famoso «dictamen», en 1767, que años más tarde Floridablanca, como embajador ante la Santa Sede en Roma, consiguió culminar en el «breve» de la extinción de la orden. Nombrado ministro en 1777, llevó adelante muchos proyectos de Carlos III, entre

ellos la reorganización de la Marina (tema con el que también Campomanes había estado muy vinculado) o la fundación del Banco de San Carlos. Mentalmente todavía miembro del llamado «despotismo ministerial» de Carlos III, su actitud hostil hacia Francia, temiendo que la situación arrastrase también a los borbones españoles, causa finalmente su destierro por Carlos IV a su Murcia natal.

Una vaga noticia recogida en 1953 por C. Alcázar y que data de esta época de reclusión en Murcia, en 1792, en la que se menciona al conde como huésped (¿todavía

[FIG. 16]

Don José Moñino y Redondo, conde de Floridablanca. Óleo de F. de Goya. Colección Banco de España, Madrid.



un amigo!) de un «arcediano de Villena», me ha parecido que podría ponerle en relación con el autor de las láminas. Porque es lo cierto que durante el más importante de los cargos de don José Moñino se producen, o aparecen firmados por él en nombre del rey, los avances principales de la vida de Manuel de Villena, o por lo menos los que aquí he podido analizar (véase más abajo), hasta el punto de que parece ser un protegido de Moñino. Si se conocieron en Roma, en Cádiz o en Cartagena, no lo puedo asegurar. Me intriga también que pueda tratarse del personaje desconocido que aparece tras él en el famoso cuadro de Goya (fig. 16, hoy propiedad del Banco de España), un personaje sin nombre al que Goya retrató en otro cuadro (hoy en Dallas) y que era sin duda un muy estrecho colaborador de Floridablanca (aunque hay algunos problemas de encaje cronológico para tal atribución).

Lo cierto es que, casi por el mismo tiempo en que se decretaba la prohibición de entrada de libros franceses (1791), Carlos IV, a través de Floridablanca —el ilustre ministro que su padre le había aconsejado retuviera junto a sí—, comisionaba especialmente a nuestro don Manuel de Villena Moziño para desplazarse a Mérida durante como mínimo tres años, para que levantara planos, hiciera dibujos detenidos de sus ruinas e incluso practicara excavaciones arqueológicas, «dotado por la generosidad del monarca». Me parece sugestivo también el hecho de que, cuando las láminas iban a ser evaluadas, en 1794, un grupo de cuatro de ellas se encontraran todavía en el domicilio particular del ex-Secretario de Estado.

DON MANUEL DE VILLENA Y MOZIÑO (1740 - ?)

Para finalizar comparece el último personaje, verdadero protagonista y motor del estudio y de esta exposición: el desconocido Villena que firmaba las diecinueve láminas

emeritenses, hechas entre 1791 y 1794, y que hacia 1932 ingresaron, procedentes de un juzgado, en el Museo Naval de Madrid. Cuando dio noticia de ellas en 1935 su entonces director, el futuro contralmirante J. F. Guillén Tato, no pudo encontrar apenas datos, como ya dije, sobre quién era en realidad aquel Villena. Se contaba sólo con esta noticia de Maximiliano Macías, en su *Guía de Mérida* de 1929: «en 1794, un anticuario portugués, D. Manuel Villena, comisionado por el Gobierno de su país, realiza algunas excavaciones en el teatro...», de donde se creía que habría excavado en Mérida por cuenta del gobierno luso o de la Real Academia de Lisboa. Guillén, al que tal posibilidad extrañaba, pensó que debía de ser español, y acertó a sugerir su homonimia con un alférez de fragata citado en los archivos de Marina por la misma época como profesor de Dibujo en Cartagena, que «en 1786, cambiando la casaca de la Armada por los hábitos, había obtenido cierta prebenda en la Santa Iglesia Catedral de Cuenca».

No era mucho para empezar el estudio del autor de las láminas con las que quería yo, en 1996, honrar la memoria del recientemente fallecido don José Álvarez y Sáenz de Buruaga, a partir del expediente hallado en la Real Academia de la Historia. Pero distintas búsquedas, algunas muy fatigosas, fueron dando su fruto. Muchos nuevos documentos encontrados en distintos archivos prueban sin lugar a dudas que el supuesto «encargo del gobierno portugués» se debió en realidad a Carlos IV, y que por tanto se trataba de otra misión hispana y regia que añadir a las antes descritas, y todavía más desconocida.

Del muy curioso periplo vital de Villena he podido reconstruir cuarenta años, pero algunos aspectos en sombra me han dejado bastante insatisfecha, si bien confío mucho en que esta exposición, así como el libro y la presente *Memoria* que la acompañan, serán capaces, como se dice, de «levantar la liebre», sea en Portugal o aquí, y harán aparecer otros testimonios de su precioso

trabajo o datos nuevos sobre su vida, como el momento y lugar de su fallecimiento, que he tenido que dejar finalmente en el misterio, pues le pierdo el rastro por completo en el otoño de 1794. Resumo a muy grandes rasgos lo que he podido llegar a saber, todo ello rigurosamente documentado:

Don Manoel de Vilhena Mozinho nació en Setúbal (Portugal) el día de Navidad de 1740, hijo legítimo del teniente coronel Domingos de Vilhena, lisboeta, y de doña Catharina Victoria Mozinho, setubalense. Fue bautizado tres días después en la parroquia de Setúbal, y fueron sus padrinos dos personajes de alcurnia, el Excmo. Sr. D. João de Almeida, gobernador de la fortaleza o plaza de Setúbal, y la Excma. Señora D^a Magdalena de Borbón, ambos de la noble casa de Avintes y posiblemente hermanos. Por ambas partes se trataba de dos familias de buena posición, entroncadas en la nobleza y ubicadas desde hacía bastante tiempo entre Portugal y España, de donde en última instancia procedían. Técnicamente, los Vilhena podían considerarse nobles.

La primera noticia segura nos lo sitúa en Cádiz en marzo de 1767: Vilhena contaba veintisiete años y era ya viudo. Se le nombra desde la corte *Maestro Delineador de la Escuela de Navegación de este Departamento* (esto es, la de Pilotos), para sustituir al célebre José Badaraco. Le recomienda ante Carlos III nada menos que don Juan José Navarro, marqués de la Victoria (fig. 17), laureado y ya anciano Capitán General Jefe del Departamento de Cádiz y también uno de los mejores dibujantes europeos del siglo XVIII. Por eso interesa resaltar los elogios que el marqués de la Victoria hace de aquel joven portugués: «se halla instruido suficientemente en los tratados de las Ciencias Matemáticas, habiéndolos estudiado en la Academia de Artillería de esta Ciudad [...] *es de un lucido trabajo en la delineación, dibujo y miniatura* (según he reconocido en alguna obra suya que se me ha manifestado)...». Ocupó en efecto Villena la plaza, y los siguientes diez años los pasó en Cádiz. El 2 de diciembre



[FIG. 17] Don Juan José Navarro, marqués de la Victoria, gran dibujante y protector de Villena. Retrato al óleo, anónimo. Museo Naval, Madrid.

de 1777, ya «Alférez de Fragata graduado» de la Armada española, es trasladado a Cartagena.

En una Real Orden de esa fecha se dice: «El Rey ha concedido el empleo de Maestro de Fortificación y Dibujo de la Academia de Guardias Marinas de ese Departamento a el Alférez de Fragata graduado Don Manuel de Villena, Delineador de la Escuela de Pilotos del de Cádiz...», lo que termina de probar que nuestro autor debía de ser ya por entonces uno de los más

experimentados dibujantes de la Armada. Don Manuel permanece en Cartagena, al parecer ininterrumpidamente, durante algo menos de diez años. Pero de esta etapa sólo he podido encontrar una prueba firmada de su trabajo: Se trata de un gran mapa de las costas del Egeo, inserto dentro de la primorosa obra manuscrita, conservada en el Palacio Real, que da cuenta a Carlos III de una famosa expedición española a Constantinopla, el *Extracto del diario de la navegación hecha a Constantinopla en el año de 1784 por la Esquadra de S.M.C(atólica) al mando del brigadier de la Real Armada Dn. Gabriel de Aristizábal*. El gran mapa va firmado por «Dn. Manuel de Villena M.», y en él se pueden reconocer la misma letra, firma y peculiaridades de nuestro Villena emeritense.

En septiembre u octubre de 1786, camino de Portugal con una licencia de seis meses para asuntos propios, se detiene en Madrid, donde recae de una enfermedad que le había afectado ya todo el año anterior. En enero de 1787 solicita al rey por carta que se le devenguen en Madrid los salarios de su permiso, y los posteriores mensualmente. Y es Floridablanca el que interviene especialmente para que se le concedan ambas cosas. A partir de ahí, quizá como consecuencia de una salud debilitada, no sabemos por qué (¿quizá la humedad prolongada, el «mal del pecho» que castigó a otros muchos marinos, como el famoso Vargas Ponce?), Villena pide su baja definitiva en la Marina y, ordenado de eclesiástico, solicita la nacionalidad española para poder disfrutar de un beneficio curado que le concede el rey y que le permitirá vivir decentemente en adelante.

En decreto de 15 de junio de 1787, dado en Aranjuez (que encontré también en el Archivo Histórico Nacional), dice textualmente Carlos III al Secretario de Cámara, don Manuel de Aizpún: «Atendiendo á las circunstancias que concurren en Don Manuel de Villena Moziño, he venido en concederle naturaleza de estos Reynos para que pueda obtener y gozar la Prestamera

de la Yglesia Parroquial de Santa María del Campo de la Diócesis de Cuenca, para la qual le nombré por Decreto de diez y ocho de Mayo próximo pasado. Tendráse entendido en la Cámara, y se pedirá el consentimiento acostumbrado á las Ciudades de voto en Cortes para su cumplimiento».

Puede decirse que justo a tiempo se materializó la real protección, pues si, a juzgar por sus últimos devengos en Marina, le suponemos incorporado a las rentas de Santa María del Campo a 1 de enero de 1788, Carlos III falleció el 14 de diciembre de aquel mismo año. En los archivos parroquiales del pueblo manchego donde se le dio la prestamera, Santa María del Campo Rus (curiosa redundancia), no queda memoria o rastro alguno de Villena. Esto nos indica que debió de quedar en la Corte, a disposición de Carlos III y luego de Carlos IV, posiblemente como experto en cartas náuticas y por sus maravillosas dotes como dibujante.

Es en tal condición como, en la primera mitad de 1791 y por una Real Orden, se le envía a Mérida con instrucciones para practicar excavaciones y documentar lo que halle, y otros monumentos antiguos allí existentes, de cuyo encargo se comentará más adelante. Hacia el verano de 1794 la misión debió de darse por oficialmente concluída, porque en septiembre de ese año el Duque de la Alcudia ordena a Palomares, el archivero real, reunir nueve de las láminas y enviarlas a la Real Academia de la Historia (de la que Godoy mismo era Protector) para que, de orden del rey, ésta informe sobre su valor y méritos. Lo que pasó lo veremos también después, pero, en lo que se refiere a la persona de don Manuel de Villena y Moziño, de portugués a español, de dibujante náutico a presbítero, y de marino a arqueólogo, a partir del verano de 1794, cuando entrega las últimas láminas de Mérida y está a punto de cumplir —el día de Navidad— los cincuenta y cuatro años, no he conseguido por el momento saber nada más.

IV

LA MISIÓN DE MÉRIDA: LAS EXCAVACIONES Y LAS LÁMINAS ARQUEOLÓGICAS DE VILLENA (1791-1794)

En el teatro de Mérida se estaban haciendo desde 1789 algunos trabajos de exploración. Lo pudo documentar, en una esforzada pesquisa archivística, el tan recordado don José Álvarez S. de Buruaga: «en el presupuesto municipal de 1789 (al fol. 227) figuraba un crédito con destino a trabajos de exploración de antigüedades, y se acuerda librar 500 pesetas para jornales de parados en los mencionados trabajos, limitándolos al “Anfiteatro” romano, el Teatro para nosotros, ya que a él se referían equivocadamente con ese nombre». Asociando esta interesante referencia a la fecha del comienzo de la misión emeritense de Villena, tengo por muy posible que algunos de los hallazgos habidos fueran los que llamaran la atención de la Corte, ya que, como hemos visto antes en otros casos, Carlos IV se interesaba enseñada y enviaba a un experto de su confianza. Y, en

efecto, es precisamente por el teatro por donde nuestro exmarino y ya presbítero comienza sus trabajos.

Durante su estancia en Mérida, don Manuel de Villena Moziño debió de excavar, en el propio año de su llegada, los sectores del teatro que él mismo señala con todo detalle (véanse láms. de la exposición núms. 2 y 12) y, muy especialmente, la escena, el acceso oeste (donde encuentra el famoso dintel de Agripa [fig. 18], que estaba recubierto, no de betún rojo, como se cree, sino blanco), y una buena parte de los graderíos. Descubrió y liberó seis de las puertas, y «un corredor que da la vuelta a todo el teatro...». G. Fernández y Pérez, que escribe entre 1826 y 1837, aporta algunos datos más sobre esto, y sobre cómo personas que entraron por la galería anular dijeron que «había aposentos, salas, estatuas y aún una fuente en

un gran salón». Afirma también que «el anticuario que reconoció este {amphi}teatro, parece que se explicó con elogio acerca de él, diciendo que era más suntuoso que el de Roma» (un juicio algo exagerado), noticia que no sé dónde encontró y que se suele referir a Valdeflores pero puede serlo a nuestro también regio comisionado.

A continuación Villena excavó en el área de la calle Holguín, donde situó, con muy notable aproxima-

ción, lo que él llamaba el «convento jurídico» (hoy «foro provincial»), de cuyos hallazgos «*chapitel... distintas piezas de columnas del mismo orden, como asimismo fragmentos de estatuas*» da su primera versión de un gran capitel compuesto, hoy perdido (véanse láms. núms. 1 y 11). Posiblemente coincide también con ello la excavación practicada a fin de liberar el perfil completo del «Arco de Trajano», vecino de la zona anterior (láms. núms. 3 y 13).

[FIG. 18]

Teatro de Mérida. Dintel de Agripa, encontrado por M. de Villena. Fotografía de hacia comienzos del siglo XX. Real Academia de la Historia, Madrid.





[FIG. 19]
Mérida. Original de una las aras del monumento de Santa Eulalia, dibujadas por M. de Villena y por F. Rodríguez. Museo Nacional de Arte Romano de Mérida.

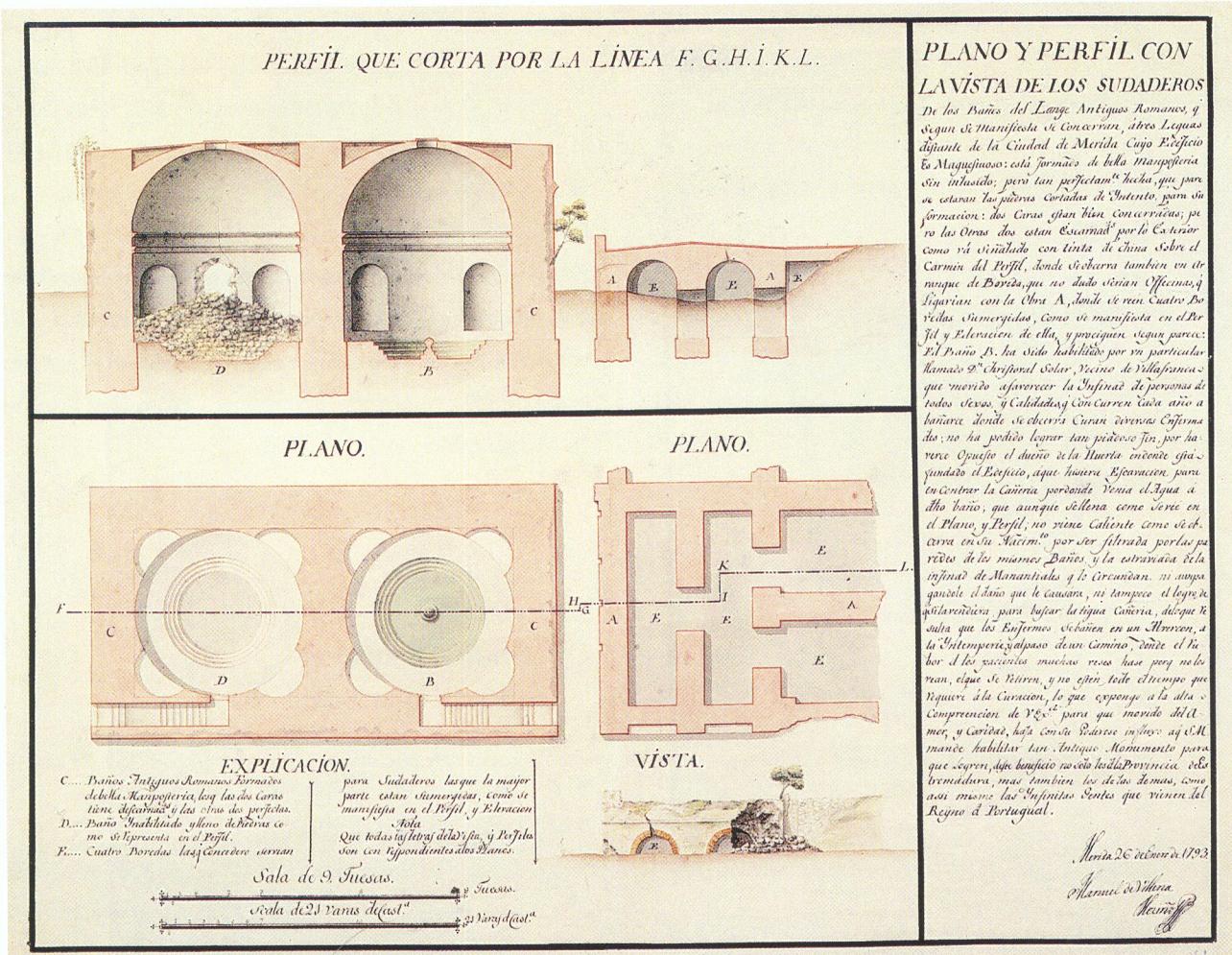


[FIG. 20]
Mérida. Escultura femenina con manto. Pudiera proceder de las excavaciones de Villena en la zona del teatro. Museo Nacional de Arte Romano de Mérida.

Pero creo que algunas otras excavaciones o hallazgos (figs. 19 y 20) se hicieron coincidiendo con su estancia en Mérida, ya que en 1792 se documentan «multitud de estatuas, inscripciones y columnas de los godos» (quizá del interior de la Alcazaba) y otros hallazgos en la zona del anfiteatro, que, por desgracia, de momento no podemos identificar. Mientras, va ejecutando progresivamente las láminas, la mayoría de

gran dificultad de medición y desarrollo, y enviándolas a Madrid. Varias referencias expresas indican que se las dirigía muy concretamente a Godoy.

En la exposición se han reunido, por gentileza del Museo Naval de Madrid, las 19 láminas que se conservan de las hechas por Villena. Las enumero con sus temas y según el número de catalogación, cronológico, que llevan en la monografía más extensa y en su exhibición:



[LAM. N° 8] Baños de Alange, 1793.

B] Dibujos firmados el 1° de mayo de 1792

N° 4

EL LLAMADO «TEMPLO DE DIANA»

Descripción: Ms. sobre papel lavado en gris, ocre y rosa. | Medidas: 51 x 37 cm. | Escala: c. 1/145; escalas gráficas de nueve toesas y 21 varas = 12 cm. | Fechado y firmado en Mérida, 1-5-1792.

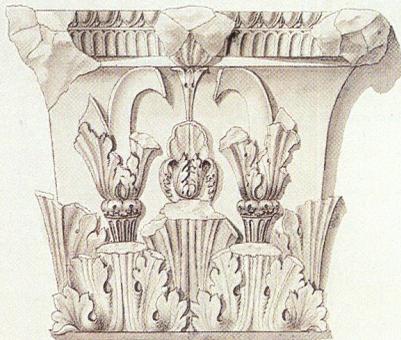
N° 5

ANFITEATRO

Descripción: Ms. sobre papel lavado en colores. | Medidas: 73 x 53 cm. | Escala: c. 1/291; escalas gráficas de veinticuatro toesas y 56 varas = 16 cm. | Fechado y firmado en Mérida, 1-5-1792.

CHAPITEL DEL ORDEN CORINTIO EN CONTRADO

En la Esbozación que hizo En la Calle de Orquín, junto a las Ruinas, que a su vez En el convento Jurídico donde también se han Encontrado algunas piezas de Columnas del mismo Orden, como así mismo fragmentos de Fajas es después Colocarce donde sería para que por la parte, se conociera qual sería el todo.



Scala de Una Toesa

Scala de siete pies de cast.

Scala de siete pies de cast.

Mérida 26 de Enero de 1793.

Manuel de Villegas
Mérida

[LAM. N° I I] Capitel corintio de pilastra, 1793.

N° 6

**LAS ARAS DEL MONUMENTO
DE SANTA EULALIA**

Descripción: Ms. sobre papel lavado en gris. | Medidas: 46 x 28 cm. Escala: c. 1/12 aprox.; escalas gráficas de 1 toesa = 16 cm. y de 3 varas = 21 cm. | Fechado y firmado («Mosinño»), en Mérida, 1-5-1792.

N° 7

CIRCO

Descripción: Ms. sobre papel lavado en colores. | Medidas: 53 x 74 cm. Escala: c. 1/385; escala gráfica de 40 varas = 13 cm. en la planta; y de 30 toesas y de 70 varas = 13,5 cm. (prop. 1/431) en el perfil del mismo. | Fechado y firmado en Mérida («Mosino»), 1-5-1792.

**C] Dibujos firmados
el 26 de enero de 1793**

N° 8

BAÑOS DE ALANGE (BA)

Descripción: Ms. sobre papel lavado en colores. | Medidas: 47 x 59 cm. Escala: c. 1/124; gráficas de 9 toesas y 21 varas = 14 cm. | Fechado y firmado en Mérida, 26-1-1793.

N° 9

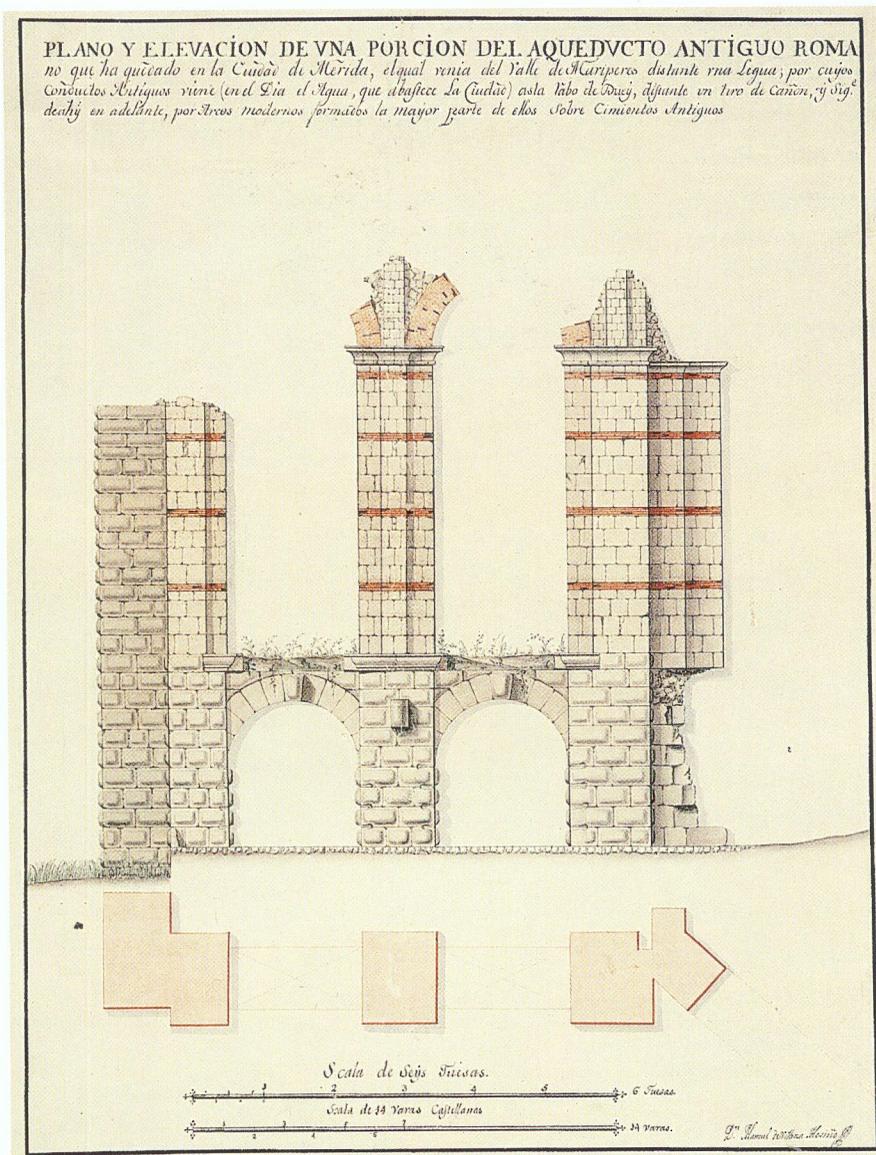
**ARQUERÍA DE LOS MILAGROS Y PUENTE
DEL ALBARREGAS, PRIMERA VERSIÓN (Cf. n° 19)**

Descripción: Ms. sobre papel lavado en colores. | Medidas: 58 x 92 cm. Escala: c. 1/1164; gráficas de 60 toesas y 140 varas = 10 cm. Señala otras escalas para los distintos sectores que estudia. | Fechado y firmado en Mérida, 26-1-1793.

N° 10

**ARQUERÍA DE SAN LÁZARO,
PRIMERA VERSIÓN (Cf. n° 18)**

Descripción: Ms. sobre papel lavado en ocre, gris y rosa. | Medidas: 59 x 47 cm. | Escala: c. 1/72; gráficas de 6 toesas y 14 varas = 16 cm. | Fechado y firmado en Mérida, 26-1-1793.



[LAM. N° 18] Arquería de San Lázaro, ¿1794?.

D] Dibujos firmados
 el 3 de junio de 1794

N° 14

PUENTE DEL GUADIANA,
 MURALLA, ALCAZABA Y CHORRILLO

Descripción: Ms. sobre papel lavado en colores. | Medidas:
 59 x 93 cm. | Escala: c. 1/291; gráfica de 30 toesas y 70
 varas = 20 cm. | Fechado y firmado en Mérida, 3-6-1794.

N° 15

EL ALJIBE DE LA ALCAZABA

Descripción: Ms. sobre papel lavado en colores. | Medidas:
 45 x 95 cm. | Escala: c. 1/125; gráfica de 9 toesas y 21 varas
 = 14 cm. | Fechado y firmado en Mérida, 3-6-1794.

Nº 16

PRESA DE ARAYA

Descripción: Ms. sobre papel lavado en colores. | Medidas: 29 x 47 cm. | Escala: c. 1/418; gráfica de 15 toesas y 35 varas = 7 cm. | Fechado y firmado en Mérida, «3 de Junio del (1)794».

Nº 17

PRESA DE PROSERPINA (LA ALBUERA)

Descripción: Ms. sobre papel lavado en colores. | Medidas: 47 x 133 cm. | Escala: c. 1/529; gráfica de 30 toesas y 70 varas = 11 cm. | Fechado y firmado en Mérida, 3-6-1794.

E] Dibujos no datados: ¿1794?

Nº 18 ARQUERÍAS DE SAN LÁZARO,

SEGUNDA VERSIÓN (Cf. nº 10)

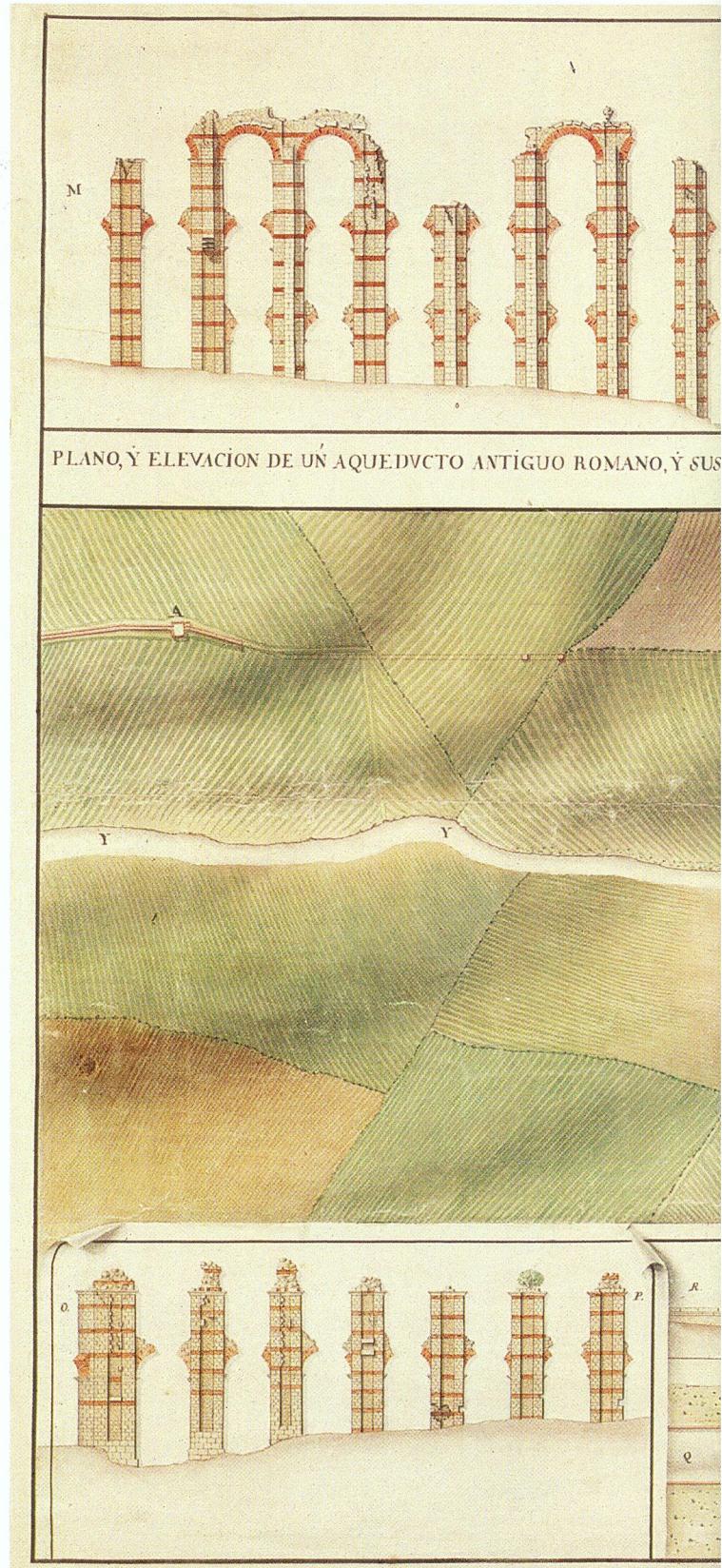
Descripción: Ms. sobre papel montado en tela con una orla de cinta amarilla, lavado en colores. | Medidas: 47 x 36 cm. | Escala: c. 1/72; gráfica de 6 toesas y 14 varas = 16 cm. | Firmado en Mérida («Mosíño»), sin fecha (¿1794?).

Nº 19

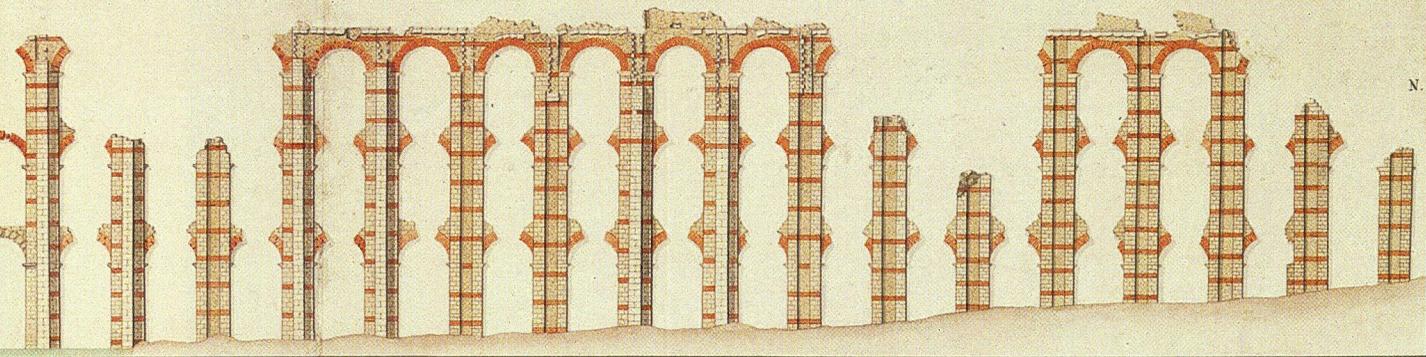
LOS MILAGROS Y PUENTE DEL ALBARREGAS, SEGUNDA VERSIÓN (Cf. nº 9)

Descripción: Ms. sobre papel lavado en colores, montado como el anterior sobre tela y con orla amarilla. | Medidas: 68 x 93 cm. | Escala: c. 1/215; gráficas de 15 toesas y 35 varas = 13,5 cm., y de 140 varas y 60 toesas para el plano. | Firmado («Mosíño»), sin fecha (¿1794?).

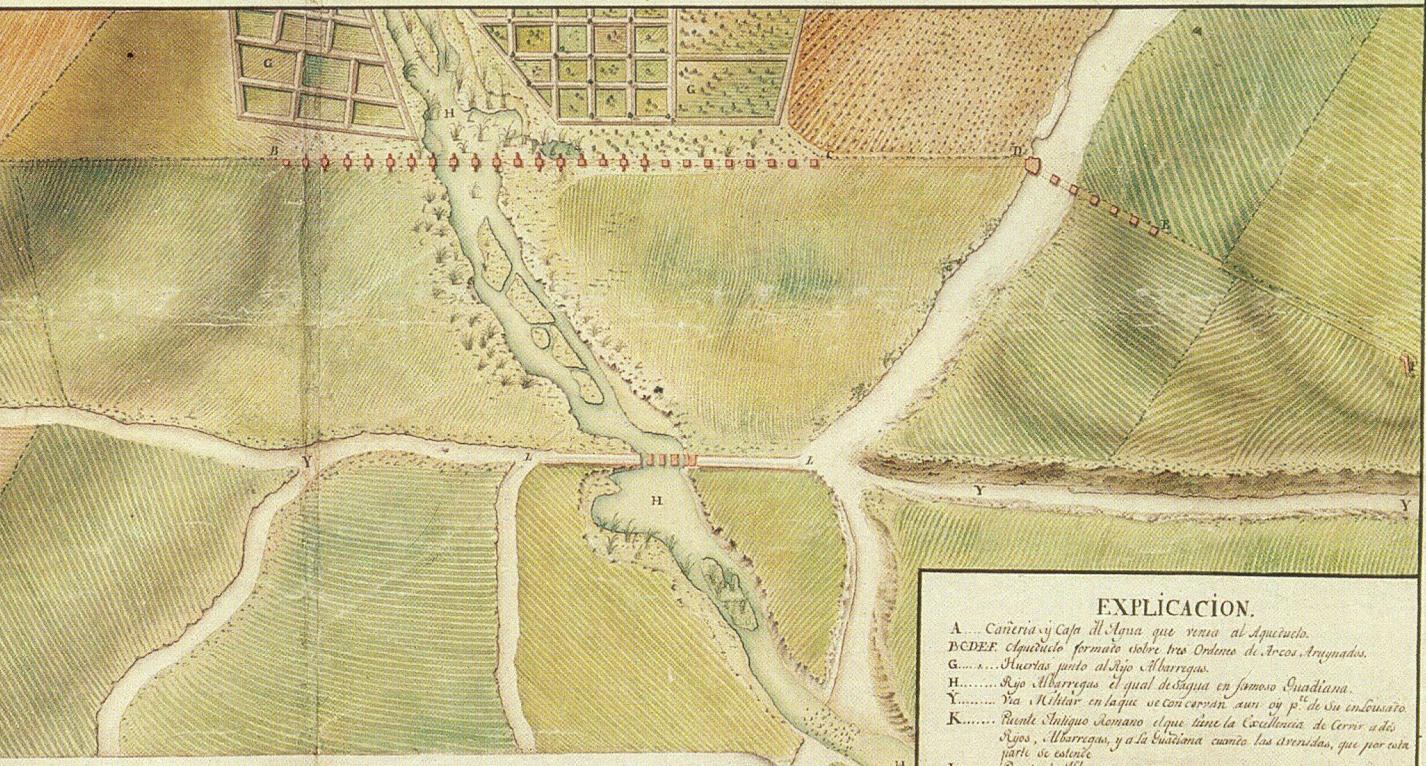
[LAM. Nº 19] Arquería de Los Milagros
y puente del Albarregas, ¿1794?



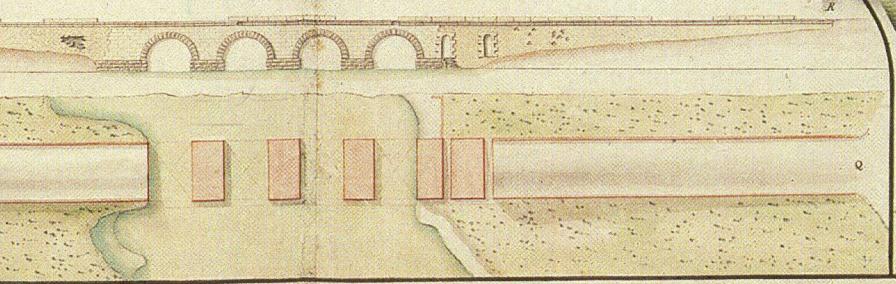
Vista del Aqueducto Antigo Romano de la Ciudad de Merida.



COMO TAMBÉN, EL PLANO DEL ANTIGUO PUEBLO DE ALBAREGAS, SITUADO EN LA VIA MILITAR. EN PUNTO MAYOR, CON SU ELEVAÇION.



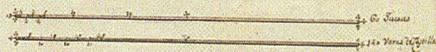
Plano y Elevacion del Puente de Albarregas.



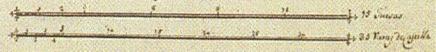
EXPLICACION.

- A... Cañeria y Caja del Agua que venia al Aqueducto.
- BCDEF Aqueducto formado sobre tres Ordenes de Arcos Arregados.
- G... Puercas punto al Rio Albarregas.
- H... Rio Albarregas el qual desagua en famoso Guadiana.
- Y... Via Militar en la que se con corria auri y p^{te} de su enlucado.
- K... Puente Antigo Romano el que tiene la Cavellon de Cerro a dos leguas de Albarregas, y a la Guadiana cuando las arrendas, que por esta parte se caenle.
- L... Puente de Albarregas.
- M,N... Vista o elevacion de la Parte del Aqueducto que en el Plano señala la P.C.
- O,P... Vista o elevacion de las Puercas del Aqueducto que en el Plano señala la D.E.
- Q... Plano del Puente de Albarregas en punto Mayor.
- R... Vista del Puente de Albarregas el que no ha tambien excavado de que se ha gan quitado sus parras, y continuaran para acaerle de destruir si no se pone Remedio en suya y remanijeta la Jula de la Cantona de Su punto.

Escalas para el Plano



Escalas para Las vistas



D^o Manuel de Villanueva

EPÍLOGOS

EL INFORME DE LA ACADEMIA Y EL DISCÍPULO EMERITENSE

EL INFORME DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

En la Real Academia de la Historia se conserva, como ya dije, entre los recientemente reordenados legajos provinciales, el nº 9/7983, referido a «Antigüedades» de la provincia de Badajoz. Dentro del mismo, el expediente nº 68, un fajo grueso, contiene los documentos (originales recibidos y minutas o borradores de las respuestas), relativos a la intervención que hace la Academia sobre nueve de los diecinueve planos de Villena para cumplimentar la comisión regia más arriba citada (fig. 21); todos estos documentos, excepto el primero, que mencionó de pasada V. Barrantes en 1865, pero como «un papel suelto», han permanecido inéditos hasta ahora.

El primero de ellos dice: «Con oficio del Excelentísimo Señor Duque de la Alcudia, hoy Príncipe de la Paz, Primer Secretario de Estado y del Despacho, su fecha en 14 de Septiembre de 1794, se sirvió S.M. encargar a la Academia el examen de los planos e inscripciones de las ruinas de Mérida, sacadas por el Presbítero Don Manuel de Villena, para que dixese el mérito y utilidad de estos trabajos». Este procedimiento no era el más corriente: Aquí los académicos se encuentran un trabajo ya hecho, de un campo específico suyo —a raíz de la citada reforma estatutaria de hacía dos años—, pero que ha sido encargado a una persona no procedente de los círculos habituales reconocidos y que además es ajena por completo a su institución.

Los académicos se reparten el trabajo. A partir de los distintos dictámenes, la recién creada (en 1792) «Sala de

Antigüedades» de la Academia (formada en esos momentos por Trigueros, Cornide, Traggia, Guevara, Banqueri, Martínez Marina, Muñoz, González Arnao y Manuel, presididos por el Secretario, Antonio de Capmany), formaría su propio juicio colectivo, que pasaría a la Junta académica para su aprobación y envío al rey. Así, el miembro supernumerario don Isidoro Bosarte haría el informe de las láminas desde el punto de vista arqueológico y artístico (aunque no era arqueólogo ni había estado nunca en Mérida). El eminente arabista Fr. José Banqueri estudiaría la inscripción arábigo-cúfica (fig. 22) encontrada por Villena en la Alcazaba (del año 835 d.C., segunda de las fundacionales de la misma y ambas las más antiguas árabes de España conocidas hasta hoy) y, por último, el también célebre semitista Cándido M^a de Trigueros haría lo propio con una inscripción «fenicia», que Villena también había enviado traducida (!) pero que hoy está perdida por completo; de ésta, como el dibujo no se entendía muy bien, solicitan el envío del original o de una copia en yeso.

El informe de Bosarte, que es sin duda el fundamental, es claramente positivo. Teniendo junto a él sólo los añejos dibujos de Valdeflores, de hacia 1752, como único elemento de comparación, elogia la técnica del diseño y el dominio del lavado de las tintas de colores, «a estilo académico», que demuestra Villena, ya que sus dibujos en conjunto son mejores que los de Valdeflores, que eran más pequeños y sólo a tinta (y «por su tamaño, mezquinos»). Las láminas del teatro le parecen las más destacadas y, en cuanto al arco de Trajano, afirma que, gracias a la excavación de Villena, «ahora se ve este monumento con otra elegancia que la que había manifestado...». Alaba también las mediciones y diseño de los grandes monumentos (el puente y los acueductos), y confiesa que no puede entender el edificio del aljibe de la Alcazaba (Valdeflores no lo había dibujado), por lo que sería conveniente que Villena realizara otro plano más detallado sobre él. En cuanto a críticas, en realidad

Hoy 5. de Oct. de 1794

S.^r D. Ant.^o Capmany muy S.^r mio, Compañero y Amigo.

Habiendome preguntado de oficio si existian en este R.^o Archivo algunos Planos, ó Mapas de Antigüedades de Mérida enviados por D. Man.^o Villena y Masfuro, respondí, que habia quatro, q.^{ue} se hallan en la casa del Sr. Floridablanca. Hoy me halla un orden de S. C. el Sr. Duque de la Aludia para que los envíe a la Academia con la adjunta del mismo Sr. Duque para Vind. como lo hago, para q.^{ue} Vind. se sirva contestar diciendome que se los he entregado. Dios que a Vind. m. a.
como desea =

Su afecc.^o leg.^o Amigo y
Compañero

J. X. de S. Palomares



[FIG. 21] Real Academia de la Historia. Expediente 68 del legajo 9/7983. Oficio de 5-10-1794, por el que el archivero real, F.J. de Santiago Palomares, por orden de Carlos IV y Godoy, remite a A. de Capmany, secretario perpetuo, otros cuatro planos de Villena encontrados en casa de Floridablanca.

sólo señala dos: Como «descuido trascendental», el que los textos estén escritos con faltas de ortografía (lo que es ciertísimo), y, en cuanto a la escala, que no use el «pie español o de Esquivel», sino las toesas francesas. Esta crítica tenía fácil justificación en las costumbres europeas, y la primera una fácil enmienda a la hora de publicar. Ninguna afectaba a la calidad y utilidad de las láminas.

Pero, sin embargo, el dictamen final de la Academia para el rey es negativo, en un tono injusto e incomprensiblemente duro y crítico, y además no responde a la realidad del informe de Bosarte. Afirman que, comparados con los dibujos de Valdeflores, «aunque los diseños de Villena están coloridos á estilo académico, no están arreglados a la medida del pie romano, lo que hubiera sido más conforme al método que observan los anticuarios, que la de varas y toesas, y evitaría muchas dudas y



[FIG. 22]
Segunda inscripción árabe de la Alcazaba, quizá la hallada por M. de Villena en 1792 y reencontrada en 1901. Es pareja de la más conocida, del Museo de Santa Clara de Mérida. Las más antiguas árabes de España, conmemoran la erección del recinto en el 835 d. C. Pudo haber una tercera. Colección municipal, Ayuntamiento de Almendralejo, Badajoz.

equivocaciones [...] que aunque los diseños de Villena son primorosos, carecen de explicaciones, vistas, discursos y juicios críticos para que sirvan de auxilio a la historia, sin cuyo requisito sólo serán útiles para los profesores de las Artes [...] que es mucha la diferencia que se nota en la relación que hizo Don Luis Velázquez [Valdeflores] del tamaño de algunos monumentos y la que les da Villena, con otros reparos muy sustanciales que expuso Don Isidoro Bosarte en la memoria que acompaña [...]. Del epígrafe árabe dicen que su lectura no es tan completa como la de Valdeflores (pero en realidad no era la misma inscripción) y que su traducción castellana tiene «algunos defectos». De la púnica, que la nueva traducción hecha por C. M^a de Trigueros es «más verosímil que la de Villena, que no tiene fundamento» (aunque la traducción del académico es también por completo incomprensible). Y terminan afirmando: «Éstas son las observaciones que ha hecho la Academia y expone a N(uestra) M(ajestad) cumpliendo con su Real Orden; pero en la persuasión de que, para conseguir los efectos que V(uestra) M(ajestad) se ha propuesto, juzga conveniente se digne mandar que así en estos descubrimientos como en los que se proporcionen en otras provincias, se

agreguen á los sujetos que se dedican a ellos otras personas de reconocida literatura e inteligencia, que bajo un método uniforme trabajen para que se hagan con utilidad...». Lo que es tanto como decir, diplomáticamente, que Manuel de Villena Moziño carecía de literatura, inteligencia y método, y su esforzado trabajo de toda utilidad.

Ignoro las razones reales por las que la Real Academia de la Historia fulminó de esta manera un trabajo arqueológico, artístico y documental que no tenía fácil paralelo en la España de ese momento y del que, desde luego, la gran Mérida romana carecía por completo. No sólo Villena como dibujante y trazador de planos era excepcional desde su juventud. Esto lo demostraba ya, casi treinta años atrás, el informe de un verdadero experto como el marqués de la Victoria, o el haber sido el primer «Maestro de Dibujo» de la primera Academia de Guardiamarinas de España. Pero es que además los dibujos tenían todo lo exigible para su utilidad arqueológica, como nosotros hoy podemos comprobar al verlos. Sin embargo, este juicio negativo, aunque injusto, surtió todo su efecto: Ni las láminas se llegaron a imprimir nunca, ni se hizo nada más para continuar las excavaciones en Mérida.

EL DISCÍPULO EMERITENSE:
LAS SESENTA LÁMINAS DESCONOCIDAS
DE RODRÍGUEZ

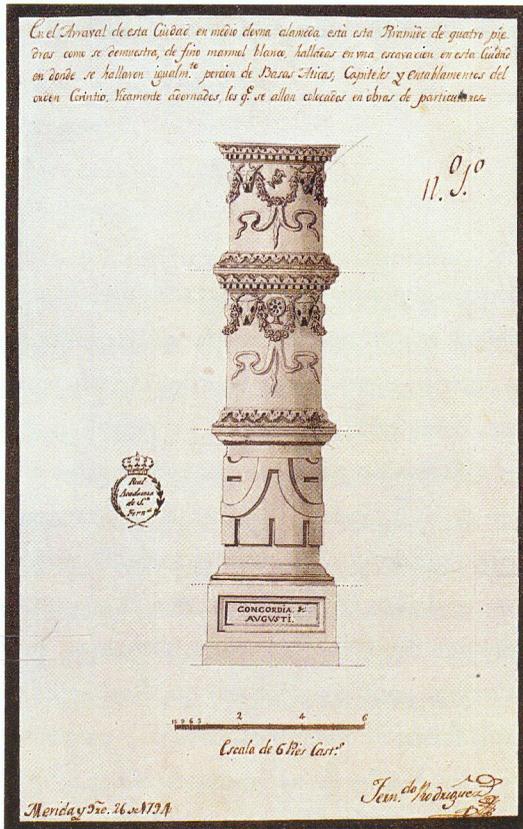
La única repercusión arqueológica del trabajo de Villena se constatará en la propia Mérida, pero también dos siglos después. Constituye, más que un epílogo, un epígono, y descubierto no hace mucho: La existencia de un más que probable discípulo y continuador de Villena, que en determinados aspectos va a superar al que supongo fue su maestro directo. Como comenté ya en la Introducción, llegué hasta sus láminas porque

en una Real Orden de 13 de febrero de 1807 se citaba a un Fernando Rodríguez como «maestro de obras» y «celador de las antigüedades emeritenses», todavía en época de Carlos IV, y porque Bosarte aludía a ellas como las únicas otras láminas «coloreadas a estilo académico» que él conocía. He comprobado que, en distintas entregas entre 1794 y 1798, fueron ingresando, en efecto, pero en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, a efectos de evaluación.

Para el lector será evidente a estas alturas el ensamblaje de las fechas entre el fin de la actividad de Villena (junio de 1794) y el comienzo de la de Rodríguez

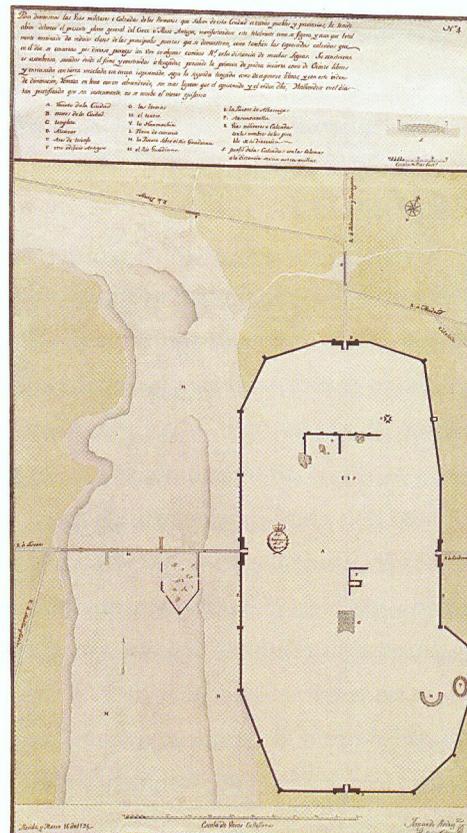
[FIG. 23]

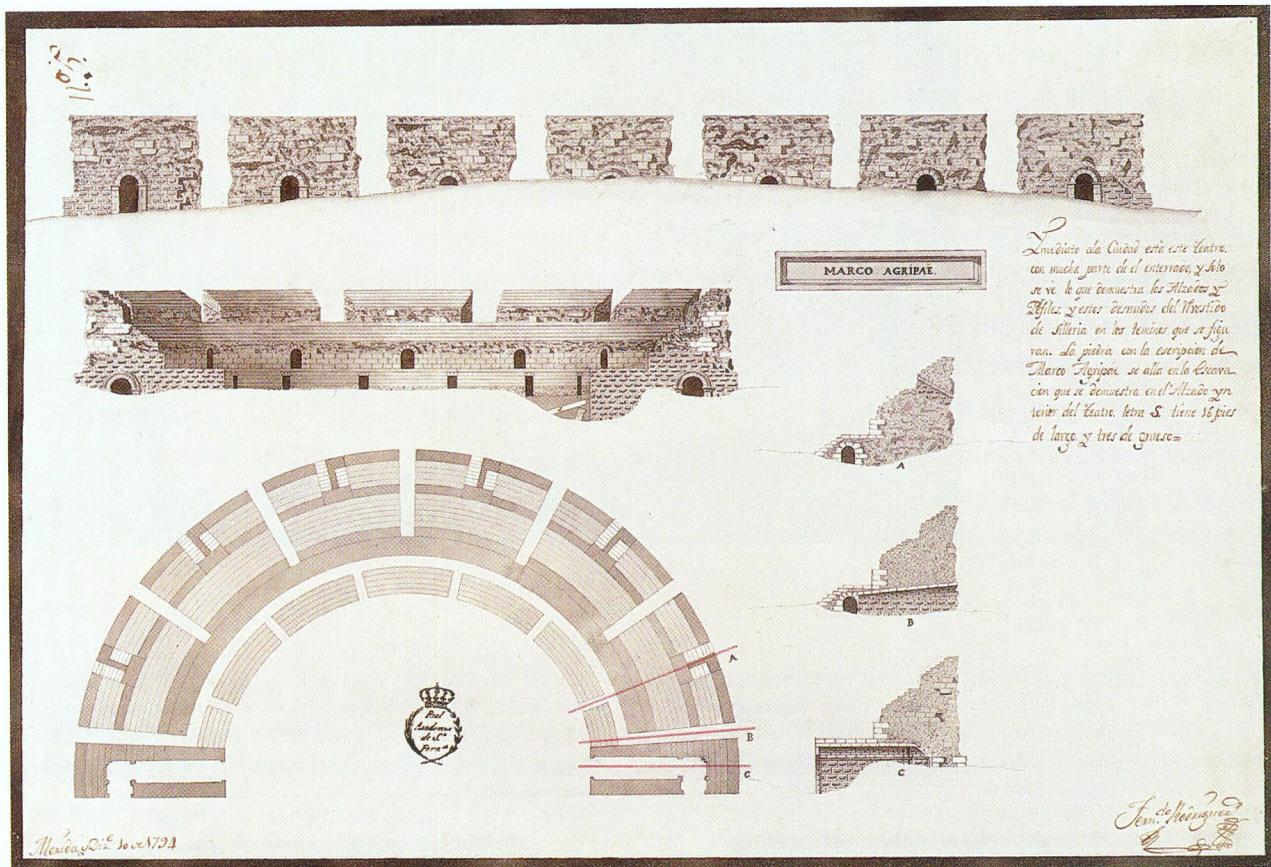
Láminas de Fernando Rodríguez. Las aras del monumento de Santa Eulalia, 26-9-1794 («Pirámide de cuatro piedras...»), con idéntica concepción a las del maestro. Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Madrid.



[FIG. 24]

Láminas de Fernando Rodríguez. «Cerco o muro antiguo de la ciudad», de 16-3-1796. Principales restos visibles de la Mérida romana en la época de Villena. Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Madrid.





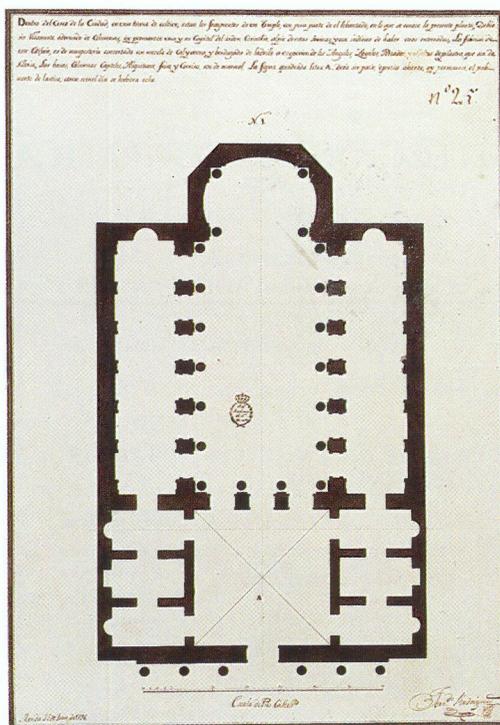
[FIG. 25] Láminas de Fernando Rodríguez. «Teatro», de 10-12-1794. Puede apreciarse la similitud de concepción con las láms. 2 y 12 de Villena, del mismo asunto. Real Academia de San Fernando, Madrid.

(noviembre de 1794). Según han documentado Arbaiza y Heras, en 1788 el emeritense Fernando Rodríguez había solicitado de esta Academia madrileña la titulación de «maestro de obras» (que en ese momento venía a equivaler a la actual arquitectura técnica, los antiguos peritos), pero no superó los ejercicios de mayo ni los de julio de ese año, como consta en sus *Actas*. No lo intenta más hasta que, seis años después, en abril de 1794, vuelve a presentarse y, aunque no consta formalmente su aprobación, en las *Actas* siguientes, de 1795 hasta 1802, figura ya con el título, de lo que se deduce que debió de aprobar los ejercicios en algún momento entre abril de 1794 y noviembre de 1795.

Curiosamente, todas sus primeras láminas (que ahora se exhiben por primera vez en Mérida) reproducen los mismos monumentos que en los años inmediatamente anteriores había realizado Manuel de Villena (o al menos según las láminas suyas que nos han llegado): el monumento de Santa Eulalia (fig. 23), el arco de Trajano, los arcos en pie de San Lázaro, el parcial y la sección de las arquerías de Los Milagros, el teatro, la *naumachia* o anfiteatro y el circo. Pero no sólo se aproximan sus datos y temas: he podido comprobar que Rodríguez imita el estilo, la forma de componer, los lugares para fechar y firmar y otros detalles de las láminas de Villena (fig. 25). No domina, en cambio, la técnica del lavado de colores

de la forma magnífica en que lo hacía el hispano-portugués, y por ello predomina en él el uso de la tinta china negra, aunque en algunas láminas sí ensaya el uso de verdes y marrones, sobre todo. Es muy original, en cambio, su manera de dibujar, casi en perspectiva aérea, las presas. Y, sobre todo, nos ofrece la planta de la Mérida romana que Villena conoció (fig. 24), y documenta muchos más edificios y restos hoy perdidos, como el llamado «templo de Júpiter» (fig. 26), que también Laborde dibujó, que serán de enorme utilidad y atractivo para los interesados en la arqueología emeritense y romana en general.

Por estos motivos creo que podemos deducir que Fernando Rodríguez, que había suspendido dos veces en 1788 los exámenes para la obtención del título de maestro de obras, debió de trabajar en muy estrecho contacto con don Manuel de Villena en sus años de estancia y trabajos en Mérida, entre 1791 y el verano de 1794, aprendiendo de él mejores técnicas para el trazado, plantas y alzados, de edificios antiguos. Este inesperado magisterio con un excelente dibujante es seguramente lo que le permite, en abril de 1794, volver a intentar aprobar los exámenes pertinentes en Madrid, esta vez con éxito, y, algo más tarde, en 1807,



[FIG. 26] Láminas de Fernando Rodríguez. «Templo romano llamado de Júpiter», planta, de 19-6-1796. Discrepa bastante, y es más completo, que los dos dibujados por A. de Laborde. Real Academia de San Fernando, Madrid.

ser nombrado desde la corte «celador de las antigüedades emeritenses». También para su caso confío en que algún moderno descendiente suyo en Mérida pueda facilitarnos algunas pistas más sobre él. Y no descarto incluso que puedan reaparecer algunas láminas más de Villena, que Rodríguez conservara como recuerdo de su maestro, de las muchas que aquél debió de ejecutar durante los tres años que duró su misión emeritense. De hecho, no sé cómo llegó a la Biblioteca Nacional otra lámina más del teatro, que encontré allí, firmada por Rodríguez en febrero de 1794, pero que sospecho que puede ser «compartida» entre ambos.

Manuel de Villena y Moziño, de curiosas dualidades: portugués y español, marino y sacerdote, formador de cartógrafos náuticos y más tarde arqueólogo real, no sólo nos legó su bello conjunto documental, sino que le debemos también el, más numeroso, de su inesperado discípulo. Maestro y alumno han compartido la mala suerte de haber permanecido en el olvido durante más de doscientos años, y la misma fortuna de haber podido ahora volver a la luz, también juntos, para disfrute y provecho de todos los que estudiamos y amamos a la augusta Mérida.

SELECCIÓN BIBLIOGRÁFICA

- AGUILAR PIÑAL, F. • *Bibliografía de estudios sobre Carlos III y su época*, Madrid, 1988.
- ALCÁZAR MOLINA, C. • «España en 1792. Floridablanca», *Revista del Instituto de Estudios Políticos* 71, 1953, pp. 93 ss.
- ALMAGRO-GORBEA, M. Y ABASCAL PALAZÓN, J.M. • *Segobriga y su conjunto arqueológico* (Real Academia de la Historia), Madrid, 1999.
- ÁLVAREZ DE LINERA, A. • «Escenarios madrileños de la vida de Godoy», *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo* (del Ayuntamiento de Madrid), año XVIII, nº 58, ene-jul. 1949, pp. 69-108.
- ÁLVAREZ MARTÍNEZ, J.M. • «Las termas romanas de Alange», *Habis* 3, 1972, pp. 267-290.
- ÁLVAREZ MARTÍNEZ, J.M. • *Mérida. Patrimonio de la Humanidad* (Discurso de ingreso en la Real Academia de Extremadura), Mérida, 1998.
- ÁLVAREZ Y SÁENZ DE BURUAGA, J. • *Materiales para la Historia de Mérida (de 1637 a 1936)*, Mérida-Los Santos de Maimona, 1994.
- ARBAIZA BLANCO-SOLER, S., Y HERAS CASAS, C. • «Fernando Rodríguez y su estudio arqueológico de las ruinas romanas de Mérida y sus alrededores (1794-1797) (Exposición 23 de junio-19 de octubre 1998)», *Academia. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*, 87, 1998, pp. 309-366.
- ARTOLA GALLEGU, M.A. • «Luces y sombras en el siglo XVIII», *Reales Sitios* 96, 1988, pp. 11-16.
- BARCELÓ, C. • *Las inscripciones omeyas de la Alcazaba de Mérida*, *Anas*, en prensa.
- BARRIO, M., ed. • *Carlos III. Cartas a Tanucci (1759-1763)*, (prólogo de G. ANES), Madrid, 1988.
- BLASCO CASTIÑEYRA, S. • *El palacio de Godoy*, Madrid, 1996.
- BONET CORREA, A. ET AL. • *Bibliografía de arquitectura, ingeniería y urbanismo en España (1498-1880)*, Madrid, 1980.
- BULLÓN DE MENDOZA, A., MARQUÉS DE SELVA ALEGRE • *Manuel Godoy, Príncipe de la Paz*, Badajoz, 1968.
- CANTO Y DE GREGORIO, A. M^a • «Un precursor hispano del CIL en el siglo XVIII: El marqués de Valdeflores», *Boletín de la Real Academia de la Historia* CXCI, 1994, pp. 499-516.
- CANTO, A. M^a • «La Arqueología española bajo Carlos IV y Godoy: Preludio a los dibujos emeritenses de Villena Moziño», *Anas* 7-8 (Homenaje a D. José Álvarez y Sáenz de Buruaga), 1994-1995 (ap. 1998), pp. 31-56.
- CANTO, A. M^a • *La Arqueología española en la época de Carlos IV y Godoy. Los dibujos de Mérida de don Manuel de Villena Moziño (1791 - 1794)*, Madrid, ed. El Viso, 2001.
- CAPEL, H. ET AL. • *Los ingenieros militares en España. Siglo XVIII*, Barcelona, 1983.
- CARO, S. DE: • *Museo Archeologico Nazionale di Napoli. Guida alle collezioni*, Nápoles, 1999.
- CARVALHO, F. ALMEIDA • *Acontecimentos, lendas e tradições da região setubalense*, reed. de O. Paxeco, vol. II, Setúbal, 1968.
- CASO GONZÁLEZ, J.M. • *De ilustración y de ilustrado* (Colección Feijoo. Textos y estudios del siglo XVIII, nº 16), Oviedo, 1988.
- CASTRO, C. DE • *Campomanes. Estado y reformismo ilustrado*, Madrid, 1996.
- CAVANILLES, A.J. • *Observaciones sobre la historia natural, geografía, agricultura, población y frutos del Reyno de Valencia*, 2 tomos, Madrid, 1795 y 1797 (ed. facsímil, *Bibliotheca Valentina* 1 y 2, Valencia, 1995).
- CHEVALLIER, R. • «L'Archéologie espagnole vue par Alexandre-Louis-Joseph comte de Laborde», *Les archéologues et l'Archéologie* (coloquio de 1992), *Caesarodunum* nº XXVII, Tours, 1993, pp. 20-29.
- CLONARD, S. DE SOTTO, CONDE DE • *Memoria histórica de las Academias y Escuelas Militares de España*, Madrid, 1847.
- COELHO, J. M. LATINO • *O marquez de Pombal*, Lisboa, 1905.
- CUBILES FERNÁNDEZ, S. • *Los grabados de arquitectura y la Imprenta Real bajo los reinados de Carlos III y Carlos IV*, Madrid, Universidad Complutense, Col. tesis doctorales, 1983.
- ELVIRA, M. Á. • *Cristina de Suecia en el Museo del Prado*, Madrid, 1997.
- ENCISO RECIO, L.M. ET AL. • *Los Borbones en el siglo XVIII (1700-1808)*, Madrid, 1991.
- FERNÁNDEZ MURGA, F. • *Carlos III y el descubrimiento de Herculano, Pompeya y Estabia* (Acta Salmanticensia. Estudios históricos y geográficos nº 56), Salamanca, 1989.
- FLORIDABLANCA, J. MOÑINO Y REDONDO, CONDE DE, • *Obras originales del Conde de Floridablanca y escritos referentes a su persona* (B.A.E. nº 59), Madrid, 1952.
- GIL, L., • *Campomanes, un helenista en el poder*, Madrid, 1976.
- GODOY, M., PRÍNCIPE DE LA PAZ • *[Cuenta dada de su vida política por don Manuel Godoy, Príncipe de la Paz.] Memorias críticas y apologéticas para la historia del reinado del Señor D. Carlos IV de Borbón*, edición y estudio preliminar de C. SECO SERRANO (B. A. E. núms. 88 y 89), Madrid, 1965.
- GÓMEZ DE LA SERNA, G. • *Los viajeros de la Ilustración*, Madrid, 1974.

- GONZÁLEZ CASTRILLO, R. • *El viaje de Gabriel de Aristizábal a Constantinopla en 1784, según el manuscrito original II-1051 de la Biblioteca del Palacio Real de Madrid*, Fundación Universitaria Española (serie Documentos Históricos, 17), Madrid, 1997.
- GONZÁLEZ TASCÓN, I. • «La ingeniería romana», en: VV. AA., *Historia de las técnicas constructivas en España* (Fundación FCC), Madrid, 2000, pp. 3-77.
- GUERRA DE LA VEGA, R. • «Carlos III y el descubrimiento de la antigüedad clásica», *Reales Sitios* 96, 1988, pp. 21-28.
- GUILLÉN, J.F. • «Hallazgo de los planos de unas excavaciones en Mérida en el siglo XVIII», *Homenaje a Mérida, Anuario del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos*, Madrid, 1935, vol. III, pp. 223-235 y láms. I-VII.
- HERBIG, R. • «Don Carlos von Bourbon als Ausgräber von Herculaneum und Pompeji», *Madrid Mitteilungen* 1, 1960, pp. 11-19.
- HERMOSILLA Y SANDOVAL, I. DE • «Noticias de las ruinas de Talavera la Vieja. Memoria leída en la Academia de la Historia el 2 de julio de 1762», *Memorias de la Real Academia de la Historia* I, Madrid, 1796.
- HERNÁNDEZ BENÍTEZ, C. • «Carlos III: un mito progresista», en: VV. AA. *Carlos III, Madrid y la Ilustración. Contradicciones de un proyecto reformista* (Equipo Madrid de Estudios Históricos), Madrid, 1988, pp. 1-23.
- HIGUERAS RODRÍGUEZ, M^a D. • *Catálogo científico de los documentos de la expedición Malaspina [1789-1794]*, Madrid, 1994.
- HILT, D. • *The troubled trinity. Godoy and the Spanish Monarchs*, Tuscaloosa, 1987.
- HUMBOLDT, A. VON • *Cartas americanas*, ed. Ch. Minguet, Caracas, 1980.
- HUTTER, S. Y HAUSCHILD, TH. • *El faro romano de La Coruña*, La Coruña, 1991.
- JUNQUERA, J.J. Y SUREDA, J. • *El Siglo de las Luces. Ilustrados, neoclásicos y académicos*, Barcelona, 1996.
- JUSTI, C. • *Winckelmann. Sein Leben, seine Werke und seine Zeitgenossen*, Leipzig, 1872.
- LABORDE, A. DE, CONDE DE • *Viaje Pintoresco de España* (tomo I.1), Madrid, 1806 (ed. francesa tomos I-IV: *Voyage pittoresque et historique de l'Espagne*, París, 1806-1822).
- LABORDE, A. DE, CONDE DE • *Viatge Pintoresc i històric. I: El Principat. II: El País Valencià i les illes Balears* (reed. tomo I, en catalán: Biblioteca Abat Oliba, Serie il-lustrada I y 2), Barcelona, 1974, 1975 (con prólogo de O. Valls).
- LARA ORTEGA, S. • *El teatro romano de Sagunto: Génesis y construcción*, Valencia, 1991.
- LLOMBART, V. • *Campomanes, economista y político de Carlos III*, Madrid, 1992.
- LÓPEZ, T. • *La provincia de Extremadura al final del siglo XVIII. Descripciones recogidas por Tomás López (1798)*, recopilación y estudio por G. BARRIENTOS ALFAGEME, Mérida, 1991.
- LOZANO, P. • *Antigüedades árabes de España. Parte segunda*, Madrid, 1804.
- MACÍAS LIÁÑEZ, M. • *Mérida Monumental y Artística. Bosquejo para su estudio*, Barcelona, 1929².
- MADOL, H.R. • *Godoy. El primer dictador de nuestro tiempo*, Madrid, 1987².
- MALASPINA, A. Y BUSTAMANTE, J.F. • *Diario de viaje de Alejandro Malaspina* (eds. M. PALAU, A. ZABALA, B. SÁEZ), Madrid, El Museo Universal, 1984.
- MARTÍN-MERÁS, M^a L. • «Las Escuelas de Pilotos de la Armada», *Ingeniería Naval* n° 682, abril de 1992, pp. 207-208.
- MARTÍN-MERÁS, M^a L. Y RIVERA, B. • *Catálogo de cartografía histórica de España del Museo Naval*, Madrid (Museo Naval-Ministerio de Defensa), 1990.
- MEDINA, J. (dir.) • *História de Portugal*, Madrid, 1995, t. VII.
- MESONERO ROMANOS, R. DE • *El antiguo Madrid. Paseos histórico-aneecdóticos por las calles y casas de esta villa*, Madrid, 1861 (ed. facsímil, Madrid, 1984).
- MORA, G. • *Historias de mármol. La arqueología clásica española en el siglo XVIII* (Anejos de *AEspA* n° XVIII), Madrid, 1998.
- MORENO DE VARGAS, B. • *Historia de la Ciudad de Mérida*, Mérida, 1633 (8ª ed.: Mérida, 1992).
- NAVA RODRÍGUEZ, M^a T. • «Logros y frustraciones de la historiografía ilustrada española a través de los proyectos de la Real Academia de la Historia», *Carlos III y su siglo*, Madrid, 1990, pp. 73-90.
- NEGUERUELA, I. • «Las excavaciones arqueológicas en el siglo XVIII y el M.A.N.», en: VV. AA., *De Gabinete a museo. Tres siglos de historia*, Madrid, 1993, pp. 246-254.
- ORTIZ Y SANZ, J. • *Noticia y plan de un viage arquitectónico-anticuario encargado por Su Majestad a Don José Ortiz Sanz, el año de 1790* (folleto), Madrid, 1797.
- ORTIZ Y SANZ, J. • *Viage arquitectónico-anticuario de España* (tomo I), Madrid, 1807, reed. Valencia, 1976.
- PALOMARES, F.J. DE SANTIAGO • *Paleografía ó segunda parte del arte de escribir*, Madrid, 1796.
- PALOS Y NAVARRO, E. • *Disertación sobre el teatro y circo de Sagunto, ahora villa de Murviedro*, Valencia, 1793.
- PÉREZ DE GUZMÁN Y GALLO, J. • «El protectorado del Príncipe de la Paz á las Ciencias y á las Letras», *La España Moderna*, julio de 1905, pp. 132-165.
- RAMOS, V. • *El almirante y polígrafo Julio Guillén Tato*, Valencia, 1976.
- PLANO Y GARCÍA, P.M^a • *Ampliaciones á la Historia de Mérida de Moreno de Vargas, Forner y Fernández*, Mérida, 1894, en: *Historia de Mérida*, Mérida, 1894 (8ª ed.: Mérida, 1992).
- PONZ, A. • *Viage de España en que se da noticia de las cosas mas apreciables, y dignas de saberse, que hay en ella*, Madrid, 1778-1794.
- PONZ, A. • *Viajar por Extremadura* (reed. de los tomos VII-VIII del *Viage de España*, Madrid, 1784), Badajoz-Salamanca, 1983.
- REPRESA FERNÁNDEZ, M^a F. • «Las primeras excavaciones borbónicas en Pompeya, Herculano y Estabia (1738-1775)», *Revista de Arqueología* n° 76, agosto de 1987, pp. 40-51.
- REPRESA FERNÁNDEZ, M^a F. • *El Real Museo de Portici (Nápoles): 1750-1825. Aproximación al conocimiento de la restauración, organización y presentación de sus fondos* (serie *Studia Archaeologica*, n° 79), Valladolid, 1988.
- RODRÍGUEZ AMAYA, E. • «Viaje de Campomanes a Extremadura», *Revista de Estudios Extremeños*, sept.-dic. 1948, pp. 199 ss.
- RODRÍGUEZ CAMPOMANES, P. • *Antigüedad marítima de la República de Cartago, con el Periplo de su General Hannón, traducido del griego en nuestro idioma, e ilustrado*, Madrid, 1756.
- RODRÍGUEZ CAMPOMANES, P. CONDE DE • *Inéditos políticos* (Clásicos Asturianos del Pensamiento Político n° 7), ed. y estudio preliminar de S.M. Coronas González, Oviedo, 1996.
- ROJAS, C. • *La vida y la época de Carlos IV*, Madrid, 1997.

ROSE WAGNER, I.-J. • *Manuel Godoy, patrón de las artes y coleccionista*, Madrid (UCM), 1983.

RUGGIERO, M. • *Storia degli scavi di Ercolano, ricomposta su' documenti superstiti*, Nápoles, 1885.

RÚSPOLI, E. • *La marca del exilio: La Beltraneja, Cardoso y Godoy*, Madrid, 1996.

SAINT-NON, J.-C.-R. DE (ABBÉ DE) • *Voyage pittoresque de Naples et de Sicile*, París, 1781-1786.

SAMBRICIO, C. • *Territorio y ciudad en la España de la Ilustración*, Madrid (M.O.P.T.), 1991.

SECO SERRANO, C. • «La España de Goya: Panorámica histórica», en: VV. AA., *Goya. 250 aniversario*, Madrid, 1996, p. 37-46.

SELLÉS, M.A. Y LAFUENTE, A. • «La formación de los pilotos en la España del siglo XVIII», *La Ciencia Moderna y el Nuevo Mundo*, Madrid, 1985, pp. 149-191.

SERRÃO, J. VERÍSSIMO • *História de Portugal. Vol. VI: El despotismo iluminado (1750-1807)*, Póvoa do Varzim, 1990².

STIFFONI, G. • «El "pórtico italiano" de Carlos III. Apuntes sobre problemas todavía abiertos a la investigación», en: VV. AA., *Estu-*

dios dieciochistas en homenaje al Profesor José Miguel Caso González, 2 vols. (Instituto Feijoo de Estudios del siglo XVIII), Oviedo, 1995, vol. II, pp. 337-351.

URREA, J. • «Sobre la formación del gusto artístico de don Carlos de Borbón», *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología de Valladolid*, XLVII, 1981, pp. 395-402.

VALLEJO GARCÍA-HEVIA, J.M. • *La monarquía y un ministro, Campomanes*, Madrid (Centro de Estudios Constitucionales), 1997.

VV. AA. • *El siglo que llaman ilustrado (Homenaje a Francisco Aguilar Piñal)*, coord. J. ÁLVAREZ BARRIENTOS y J. CHECA BELTRÁN, Madrid, C.S.I.C., 1996.

VV. AA. • *La época de los primeros Borbones. II. La cultura española entre el Barroco y la Ilustración (circa 1680-1759)* (Historia de España Menéndez Pidal), ed. J. M^a JOVER ZAMORA, Madrid, 1985, pp. 136-167.

VV. AA. • *I Borbone di Napoli e i Borbone di Spagna. Un bilancio storiografico* (abril de 1981), ed. M. DI PINTO, vols. I-II, Nápoles, 1985.

VV. AA. • *La España de Carlos IV, Carlos IV* (I Reunión científica de la Asociación de Historia Moderna, diciembre de 1989), ed. P. MOLAS RIBALTA, Madrid, 1991.

VV. AA. • *Historiografía de la Arqueología y de la Historia Antigua en España (siglos XVIII-XIX)*, ed. R. OLMOS, Madrid, C.S.I.C., 1991.

VV. AA. • *Conjunto arqueológico de Mérida. Patrimonio de la Humanidad*, Mérida-Salamanca, ed. Regional de Extremadura, 1994.

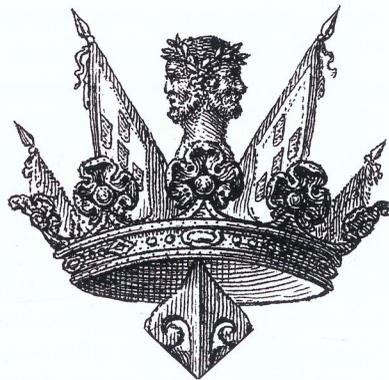
VV. AA. • *La Antigüedad como argumento. II. Historiografía de Arqueología e Historia Antigua en Andalucía* (eds. F. GASCÓ y J. BELTRÁN), Sevilla, 1995.

VV. AA. • *La Cristalización del Pasado. Génesis y desarrollo del Marco Institucional de la Arqueología en España* (II Congreso de Historiografía, Madrid, C.S.I.C., noviembre de 1995), edd. G. MORA y M. DÍAZ-ANDREU, Málaga, 1997.

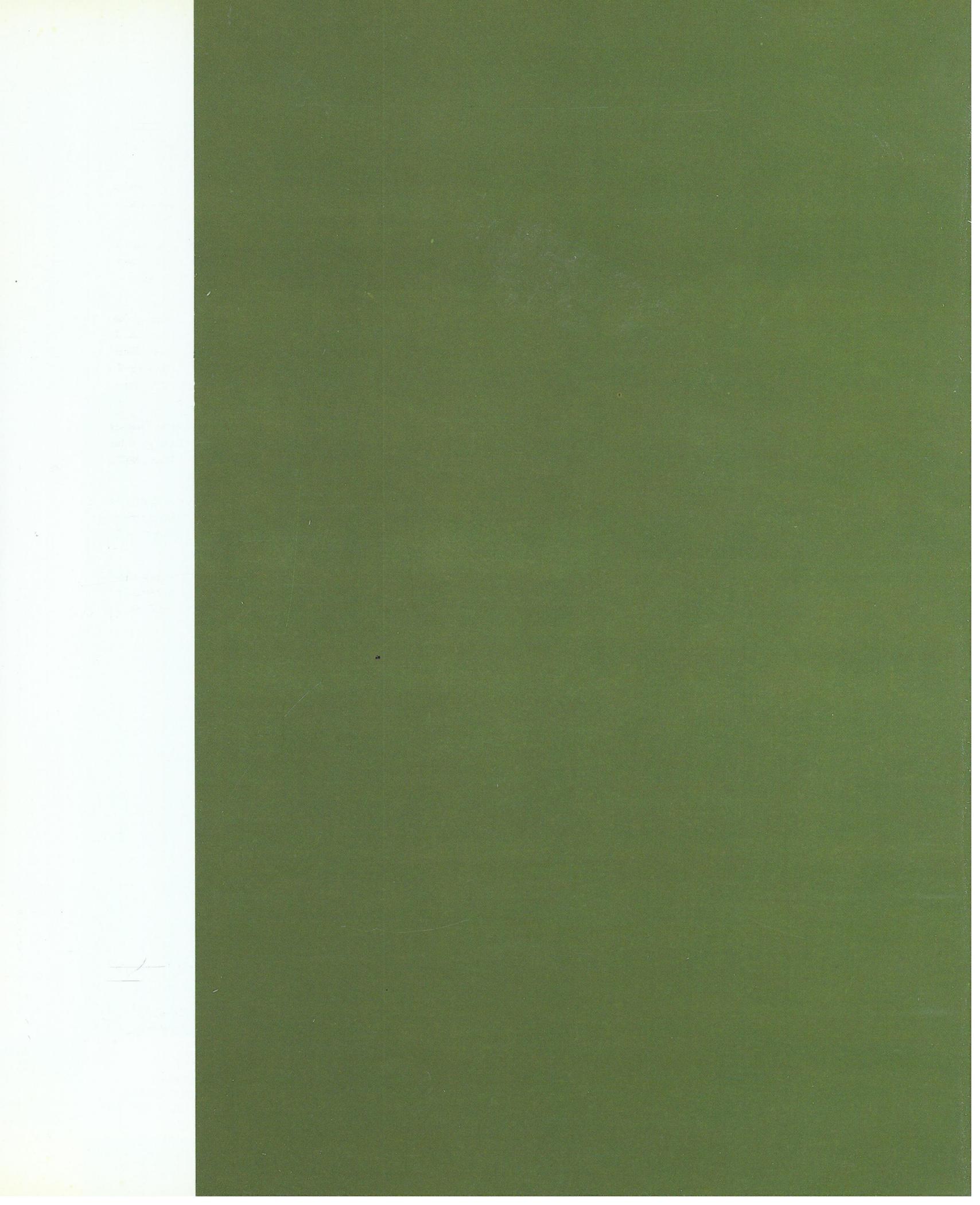
VV. AA. • *Anticuaria y Arqueología. Imágenes de la España Antigua 1757-1877* (catálogo de las exposiciones en Milán, Nápoles y Roma, 1997), Madrid, 1997.

VV. AA. • *Bajo el signo de Fortuna. Esculturas Clásicas del Museo del Prado* (catálogo de la exposición), por M. Á. ELVIRA BARBA y S. SCHRÖDER, Salamanca, 1999.

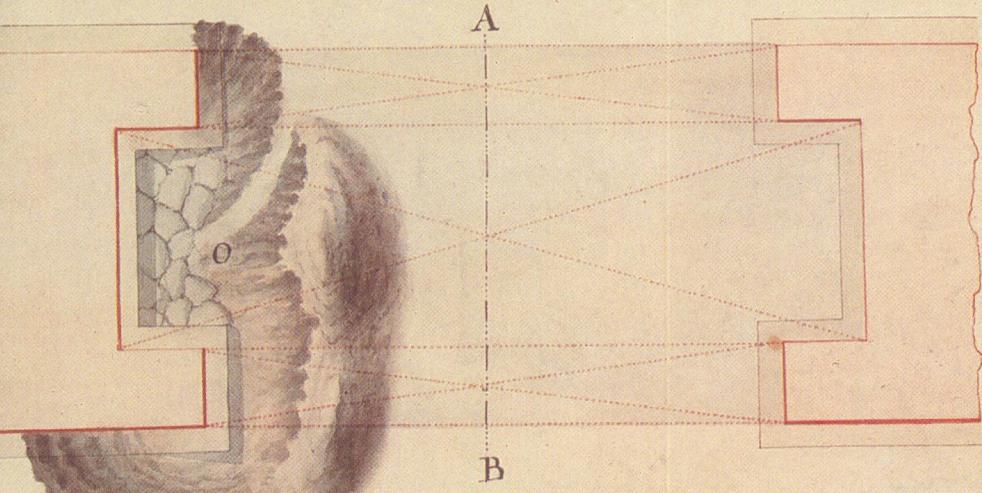
WULFF ALONSO, F. • «Historiografía ilustrada en España e Historia Antigua. De los orígenes al ocaso», en VV. AA., *La Antigüedad... II*, 1995, pp. 135-152.



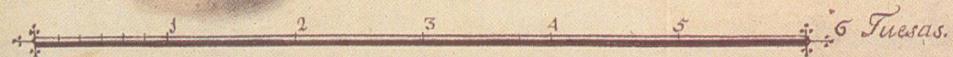
Guión heráldico de Godoy: Herma clásica con un Jano bifronte. Cuando le fue concedido por Carlos IV, simbolizaba la Prudencia y la Sabiduría. Ahora nos parecen también las dos mitades, radicalmente opuestas, de su vida. Colección Cloquer, Biblioteca de la Real Academia de la Historia, Madrid. Agradezco el haberlo hallado a su directora, doña M^a V. Alberola Fioravanti. Del mismo modo, agradezco a las muchas personas y entidades que me facilitaron esta investigación, así como a las instituciones prestatarias y a aquellas, públicas y privadas, que han hecho posible también su exhibición pública, así como la presente Memoria.



PLANO.



Scalas.



Nota

Que todo lo que se Representa debajo de la Superficie de la Tierra Señalada con las Letras M.N. está totalm^{te} enterrado; p.^a de mostrarlo hice la Excavacion O, hasta que encontré el Socolo, y el Empedrado Antiquo Romano como se manifiesta en Plano.

Merida 15 de Agosto de 1791.

Manuel de Villena Navia